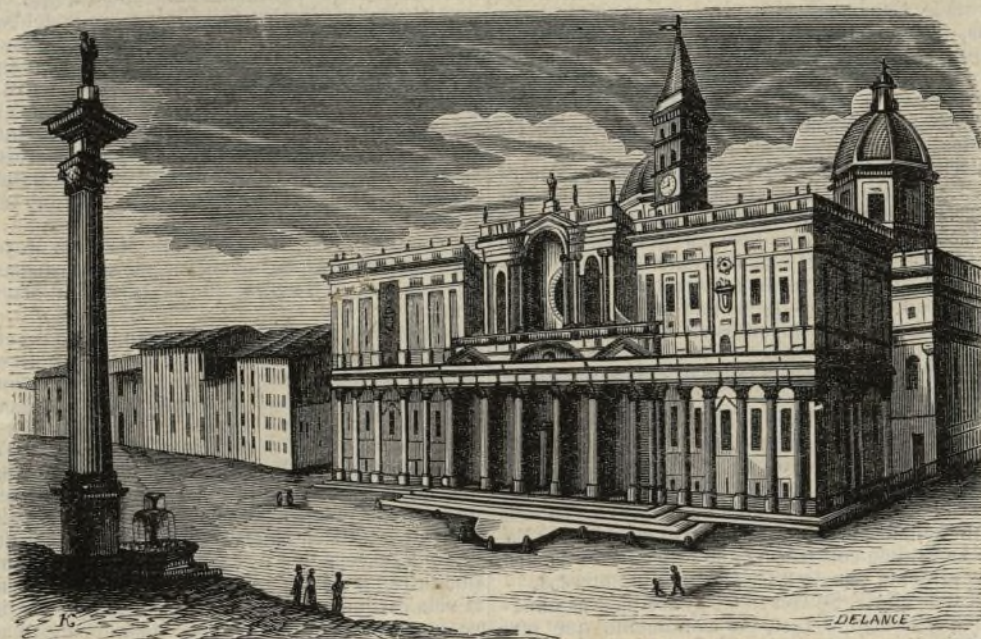


ESTUDIOS DE VIAGES.



COLUMNA DEL TEMPLO DE LA PAZ.—SANTA MARIA LA MAYOR.

ROMA A VISTA DE PAJARO. (I)

(Continuacion).

TERCERA SECCION

DE LETRAN AL QUIRINAL.

Al llegar á la plaza de la famosa basilica de San Juan de Letran, se encuentra el obelisco mas grande del mundo, el mayor que ha salido de las canteras del Egipto; el obelisco que el feroz Cambises, quien no habia respetado ni los reyes ni los dioses del Egipto; dejó en pie conmovido por su hermosura, en medio de las ruinas de Tebas, la ciudad de las cien puertas. Constantino lo hizo llevar de Tebas á Alejandria, y Constantino de Alejandria á Roma. Cuando la invasion de los bárbaros en esta capital del mundo, su fuerza y su rabia sobrehumana derribaron el obelisco gigante, colocado en el centro del circo Máximo, y lo rompieron en tres pedazos quedando profundamente sepultado entre los escombros del gran circo, hasta que Sixto V lo hizo trasportar y levantar de nuevo por Fontana delante de la basilica de Constantino. Constantino habia cedido el palacio de Letran y sobre él se habia fundado esta basilica que ha atravesado tantos siglos, que ha visto pasar millares de generaciones que han desaparecido como el ligero polvo que levanta el aire; que ha contenido en su sagrado recinto cuatro concilios generales sirviendo de sepulcro á la mayor parte de los venera-

bles obispos que los compusieron. San Juan de Letran es la catedral de Roma: en ella tiene su silla el papa como obispo de la ciudad eterna. Es la primera iglesia de los cristianos, y así se lee sobre su fachada. *Basilica lateranensis, mater et caput omnium ecclesiarum*. Madre y cabeza de todas las iglesias.

Inmediato se encuentra el Baptisterio de Constantino, magnifico edificio en el que dos pequeñas columnatas, la una sobre la otra, parecen sostener la bóveda donde Sacchi ha pintado ocho escenas de la vida de San Juan.

Al lado del Baptisterio, se encuentra una capilla consagrada al precursor de Cristo, en el sitio mismo donde era la camara de Constantino, donde este emperador se retiraba entregado á sus grandes cuidados y pesares.

En frente se halla el monumento mas sagrado y mas completo, bajo un magnifico pórtico de Fontana, obra debida á Sixto V, la *Scala Santa*; es la escalera del palacio de Pilato, que Cristo subió y bajó varias veces. La multitud la sube de rodillas, y consta de 28 escalones de mármol blanco, cubiertos de planchas de bronce, con aberturas que dejan contemplar la sagrada piedra, y que están desgastados por el uso.

Por esta escalera colocada en el centro de otras cuatro laterales, se sube á una plataforma, donde Sixto V trasportó del palacio de Letran, la capilla doméstica de los papas. Este oratorio es el santuario mas misterioso; se encuentra murado; nadie lo ha visto, á la manera de aquellos criptos sagrados é impenetrables de las antiguas religiones; llámase el *Sancta Sanctorum*, y una

(1) Véase nuestro número anterior,
25 de Julio de 1849.

inscripción del pontífice espresa que aquel lugar es el mas santo de los mas santos del universo.

Puerta de San Juan, en otro tiempo llamada puerta *Asinaria*. Por ella se introdujo Totila en Roma; es el límite de la soberanía episcopal del papa, de la que la basilica de San Juan es la sede.

Basilica de Santa Cruz en Jerusalem. Fundada por Santa Elena, madre de Constantino; se halla situada en el mismo suelo en que el infame Eliogabalo tenía sus jardines. En ella se conservan la mayor parte de las reliquias que tuvieron contacto con el Salvador del mundo en su sagrada pasion. Contiene magníficos mosaicos de Perucci, y una muy curiosa biblioteca.

Cerca se ve el anfiteatro *Castrense*, destinado en otro tiempo á los combates de los soldados contra las bestias feroces.

No lejos se ve la Puerta Mayor, monumento hidráulico de Cesar Claudio, levantado por este emperador para decorar un acueducto. Este monumento de las aguas Claudianas es uno de los mas grandiosos de la antigua Roma; ostenta el mayor lujo en sus cinco arcaditas, sobre las cuales pasan como en triunfo las aguas de dos acueductos, de los que el uno tenía 43 millas de largo, y el otro 60; sus inmensos restos atraviesan aun la campaña de Roma.

Via Labínica; conducía á *Labium*, ciudad del Lacio, de que habla Tito Livio.

Via Prenestina, conducía á Gabia y á Preneste.

Minerva Médica. Antigua basilica de Cayo y de Lucio; monumento singular, cuyo verdadero origen se duda, y que ha recibido el nombre de templo de Minerva Médica, por la hermosísima estatua de Minerva con una serpiente hallada allí y que se conserva en el Museo Vaticano. La extraña construcción de este edificio de diez ángulos presenta una de las vistas mas pintorescas.

Trofeo de Mario. Se ven solo algunas piedras ennegrecidas por el tiempo, resto del monumento que alzó la gratitud romana á aquel grande hombre.

Iglesia de Santa Bibiana, edificada por Olimpina, dama romana, en el año 363.

Puerta de San Lorenzo, se llamaba en otro tiempo *Tiburina* por que conducía á Tibur, y ha tomado su nuevo nombre porque conduce hoy á la iglesia de San Lorenzo, fuera de los muros; basilica construida por Constantino el año 330.

Arco de Galieno, alzó á este emperador y á Solomina su muger, por un ciudadano particular llamado Victor; está construido con piedras de Tivoli, y se halla adornado con ocho hermosas columnas.

Basilica de Santa Maria la Mayor; se halla situada sobre el monte Esquilino, y data desde el pontificado de San Liberio en el año de 522. Liberio y el patricio Juan tuvieron durante dos noches consecutivas una santa vision, que fué seguida el 5 de agosto de una gran nevada, la nieve cubrió el espacio que debía ocupar la iglesia que habia de eternizar la memoria de este prodigio bajo el nombre de Santa Maria de las Nieves, empero despues, á causa de su fundador recibió el sobrenombre de Liberiana, y como todo degenera en el mundo, aun las cosas santas, se le dió el nombre de Santa Maria la Mayor, por ser la mas grande de las veinte y seis iglesias consagradas en Roma á la madre del Salvador del mundo. Esta iglesia, igualmente patriarcal, tiene dos fachadas, y debe su embellecimiento á los papas; á Liberio que no osó salir de los límites trazados por la nieve milagrosa; á Sixto III que comenzó á engrandecerla; á Sixto V y á otros varios. En la puerta de esta basilica se encuentra la estatua de Felipe IV, monarca español, que envió para la construcción de este magnífico templo, el primer oro que vino de las Indias Occidentales. En esta iglesia se encuentran dos magníficas capillas; la de Paulo V, que no tiene mas rival en

Roma que la del papa Corsini en la basilica de Letran, y la de Sixto V, que en medio de su lujo pontifical hace brillar la estatua de este papa, el papa de las grandes empresas, que hijo del pueblo y simple pastor de Roma, no concebía el poder de las artes sino como un homenaje al poder de Dios. Así es que su nombre y sus armas se encuentran por do quiera que uno pasa por la ciudad eterna. La basilica de Santa Maria la Mayor, se anuncia á lo lejos por dos monumentos aéreos, plantados delante de sus dos fachadas; sobre la del Norte se alza el obelisco de granito rojo, con geroglíficos, desenterrado por Sixto V al pie del mausoleo de Augusto, con el que se halla tambien en el monte Quirinal; en la plaza del Mediodía escita la admiración una elegante columna de mármol blanco de un solo trozo, que habia permanecido de pie y entera á despecho de los siglos sobre las ruinas del templo de la Paz, como último vestigio de una familia soberbia sepultada por las tempestades.

San Juan de Letran y Santa Maria la Mayor, son las dos mas grandes construcciones cristianas despues de la de San Pedro, que es la iglesia mayor del mundo.

San Pedro *Ad vincula*. En esta iglesia se encuentra la famosa estatua de Moisés, creada por el cincel de Miguel Angel. Esta obra es muy hermosa como trozo de escultura, y escita la admiración de todos los extranjeros.

Termas de Tito, edificadas sobre el sitio que ocupaban los jardines de Neron. Estas termas encerraban jardines, galerías cubiertas, bibliotecas, salas de reunion, de gimnasia, independientemente de las de su destino especial, y se hallaban abiertas á todos los ejercicios del espíritu y del cuerpo. Los romanos gastaban el tiempo superfluo entre las termas y las conversaciones de los pórticos, la vida casi entera, como entre los griegos, la pasaban en comun, las costumbres y el clima lo exigían así. Por esto las termas y los pórticos han dejado mas huellas y vestigios en Roma que los palacios y los templos mismos.

Las termas de Tito eran menos grandes que las de Caracalla y Domiciano, empero de mejor gusto; allí se encontró en tiempo de Julio II el famoso grupo de Laoconte enterrado en la viña de Fredis. Estas termas no son hoy mas que una inmensa ruina, que apenas da una idea de su antigua magnificencia; habia siete grandes salas, cuya dimension era extraordinaria, sus paredes espesas y una sola ventana las iluminaba; una parte, de un uso probablemente mas reservado, no recibía la luz sino de las galerías interiores, y en estos cuartos poco iluminados podían desafiarse los calores del estío. Las siete salas eran un inmenso depósito de agua renovada sin cesar por los acueductos, que cubren aun una parte de la campaña de Roma; y por sus mil fuentes. Aun se conservan en las galerías internas, frescos deliciosos de exquisita composición y elegancia; estucos de un dorado brillante, y arabescos graciosos y delicados que copió el gran Rafael.

Foro Paladio; restan solo de sus ruinas unas columnas que se hallan embutidas en la pared de la fachada de una casa.

Foro de Nerva. En esta plaza Alejandro Severo hizo morir sofocado por humo de paja á un cortesano que se jactaba de haber vendido sus favores; durante el suplicio un verdugo gritaba sin cesar por orden del emperador, «El que ha vendido el humo muere por el humo!»

Templo de Trajano; era uno de los mas admirables edificios de Roma, ya por sus dimensiones, ya por la belleza de sus adornos. Se reconoce aun en la gran cantidad de sus vestigios prodigiosos, que las cuatro filas de columnas dividían en cinco naves una sala inmensa cuyo pavimento es de mármol amarillo y violeta, y sus paredes se hallaban revestidas de mármol blanco; tres

pórticos, sobre los cuales se abrían tres grandes puertas, decoraban la entrada del lado del Sur; una pared cerraba la basílica del lado del Norte, y servía probablemente de apoyo al tribunal colocado en la basílica, así como la *scala* ó santuario en el fondo de los templos.

Columna de Trajano. La mas magnífica de las columnas, el mas famoso de los monumentos antiguos conservado á través de diez y nueve siglos, es la columna de Trajano, que los franceses durante su estancia en Roma limpiaron de los innobles edificios que sobre ella se apoyaban y que se levantaban en medio de este foro; ahora se alza en una anchisima plaza que permite admirarla libremente. La columna está colocada sobre el mas hermoso pedestal que existe, por la perfeccion y nobleza de su ornato; se cuentan dos mil quinientas figuras sobre los admirables bajos relieves de bronce que le componen. Esta espiral de trofeos subía así desde el suelo hasta la estatua del emperador, vencedor de los germanos y de los dacios, empero la estatua de Trajano en bronce dorado habia desaparecido hacia largo tiempo, y fué reemplazado por Sixto V con la estatua de San Pedro el pescador, bendiciendo el Vaticano. El mismo papa habia hecho igual honor á la columna Antonina, viuda de la estatua de Marco Aurelio, reemplazando aquel César por otro grande hombre, San Pablo, la figura mas colosal del cristianismo. El foro de Trajano de que Apolodoro de Damasco fué el arquitecto; sobrepujaba á todos los otros en riqueza y en esplendor. Había en él una basílica donde se administraba la justicia; un templo dedicado al emperador, y la célebre biblioteca de Ulpiano.

No lejos del foro ó plaza Trajana se halla la de los Santos Apóstoles, notable por sus palacios, entre los que descuella sin contradicción el palacio Colonna, edificado por Martino V, de la antigua casa Colonna, de quien el pontificado, la gloria de las artes y su poder hicieron una de las mas nobles familias, cuya alianza buscaron los reyes de la Europa. Sus jardines suben hasta lo alto del Quirinal, admirándose dos enormes fragmentos del frontispicio de un templo del Sol.

CUARTA SECCION.

DEL QUIRINAL AL MAUSOLEO DE AUGUSTO.

El monte Quirinal, una de las siete colinas sobre que está fundada Roma, deriva su nombre de *Quirinus*. Hoy se llama *Monte-Caballo*, á causa de los dos grupos de hombres domando caballos que decoran esta magnífica plaza. En el pedestal de estos dos colosos se lee una inscripcion latina que dice que el uno de ellos es obra de Fidias, y el otro de Apolos. La plaza que dominan por su grande altura es una de las mas bellas y hermosas de Roma. Entre estos dos gigantes de piedra se eleva un obelisco de granito rojo, colocado allí por Pio VIII.

En esta plaza se encuentra el palacio pontifical del Quirinal, uno de los mas pintorescos y ventilados de Roma. Gregorio XIII, edificó este admirable palacio sobre las ruinas de los baños de Constantino. Allí se celebran los cónclaves para la eleccion de los papas. Esta es tambien su residencia ordinaria de verano, y en él ha permanecido constantemente, desde el dia de su eleccion, el pontífice Pio IX.

Tiene varias salas decoradas de pinturas y estatuas. Allí se admira el triunfo de Alejandro, por Thorwaldsen. Los jardines del palacio se hallan tambien decorados con estatuas, muchas fuentes y arboles maravillosamente recortados. Delante de estas estatuas, hay una de esas magníficas y admirables fuentes, que con un lujo excesivamente romano, contribuyen á refrescar la

temperatura ardiente del estío, siendo este palacio en su conjunto, una mansion de delicias.

Desde el balcon principal de este palacio ha bendecido diversas veces Pio IX á las turbas del pueblo romano que acudian á saludarle con frenéticos vivas por la concesion de la amnistia; por la organizacion de la milicia nacional, por el establecimiento de la Consulta de Estado, y por el otorgamiento de la Constitucion. En esta misma plaza, y delante del mismo balcon, año y medio despues, las mismas turbas rugían desenfundadas, pegaban fuego con faginas á las puertas de este palacio, asestaban contra él los cañones que habian saludado la amnistia; y obligaban al pontífice rey á que nombrase sobre el cadáver aun caliente de su ministro Rossi, un nuevo ministerio elegido en el Circulo Popular, situado como hemos dicho en el palacio Fiano. Desde este mismo palacio Pio IX en la noche del 25 de noviembre sale fugitivo, y se dirige al palacio Colonna, donde se hallaba la embajada francesa, y de allí parte á Gaeta, hallando en esta tierra estrangera un asilo donde reposar su venerable cabeza y huir de la persecucion de los revolucionarios.

El palacio Quirinal es uno de los mas grandes, y se estiende con sus vastas dependencias, por una parte todo lo largo de la estrada Pia hasta el casino de las Cuatro fuentes, que le pertenece tambien, y por la otra sobre la pendiente de la colina hasta el pequeño palacio de la Dataria. A la izquierda, entrando en la plaza se halla el cuerpo de guardia de los suizos; á la derecha de este palacio el tribunal de la Sagrada Consulta; cuarteles de caballeria é infanteria se hallan próximos; y todo anuncia desde los primeros pasos que se dan sobre la plaza del Monte-Caballo, desde donde la vista domina á Roma entera, la residencia del soberano que tiene su ejército al rededor de sí.

Cerca se halla el palacio Rospigliosi, en el que hay una rica coleccion de cuadros; allí va el viagero á contemplar la Aurora de Guido Reni; el triunfo de David, del Dominiquino; y los apóstoles de Rubens.

Desde la calle de las Cuatro fuentes, así llamada por que en cada esquina de ella hay una elegante fuente, se ven los obeliscos de Santa Maria la Mayor, el del Monte-Caballo, y el de la Trinidad del Monte.

Junto á ellos se halla la iglesia de San Carlos, que pertenece á los trinitarios españoles; la iglesia de San Andrés, y la de San Bernardo.

La fuente del Agua felice, llamada así del nombre de Felix, que es el que tenía en el siglo el papa Sixto V, pasa por una de las mas hermosas de Roma. En su centro hay una estatua colosal de Moisés; empero es menos grandiosa que la fuente Paulina, y la de Trevi, de que á su debido tiempo hablaremos.

Termas de Diocleciano. Se sabe que este emperador fué uno de los mas crueles perseguidores de los cristianos. Las termas de Diocleciano sobrepujaban en estension y magnificencia á las de Tito, de que hemos hablado; Olimpiodoro dice que se bañaban en ellas á un mismo tiempo tres mil doscientas personas.

Santa Maria de los Angeles. Es una iglesia construida en la sala principal de los baños de Diocleciano, y que por una creación del genio de Miguel Angel es una de las mas magestuosas iglesias de Roma; tiene la forma de una cruz griega. Las ocho monstruosas columnas de granito, que sostenian su techo, se conservan aun enteras en esta iglesia, habitada por los cartujos. Miguel Angel levantó el vasto claustro de la Cartuja, cuyos pórticos sostienen cien columnas. Una hermosa fuente rodeada de cipreses refresca el patio interior.

Ademas de esta iglesia, y la de San Bernardo, los papas Gregorio XIII, Urbano VIII, y Clemente XI alzaron sobre las termas de Diocleciano inmensos graneros públicos.

Santa Maria de la Victoria. Es una bellísima iglesia | queza de los mármoles de que se hallan revestidos to-
que tienen los frailes del Carmen, y célebre por la vi- | dos sus altares.



FORO DE TRAJANO.—COLUMNA DE TRAJANO.

La puerta Pia, ha reemplazado á la puerta Nomentana, que conducia á Nomentuno, ciudad edificada por un rey de Alba á doce millas de Roma.

En la inmediacion se hallan muchas villas ó casas de campo, magnificas todas, pero entre las que sobresale por su riqueza la del banquero Alejandro Torlonia, que



PLAZA DE MONTE-CABALLO.—PALACIO DEL QUIRINAL.

contiene en su recinto un hermoso palacio; un peque- | adornado con una riqueza extraordinaria, y cuyo inte-
ño teatro para representaciones particulares, pero | rior contiene las estatuas de los autores dramáticos mas

celebres del mundo. Contiene ademas esta villa un circo; un palenque para torneos, como en la edad media, y en una grande esplanada hay una imitacion de las principales ruinas de Roma y de Atenas.

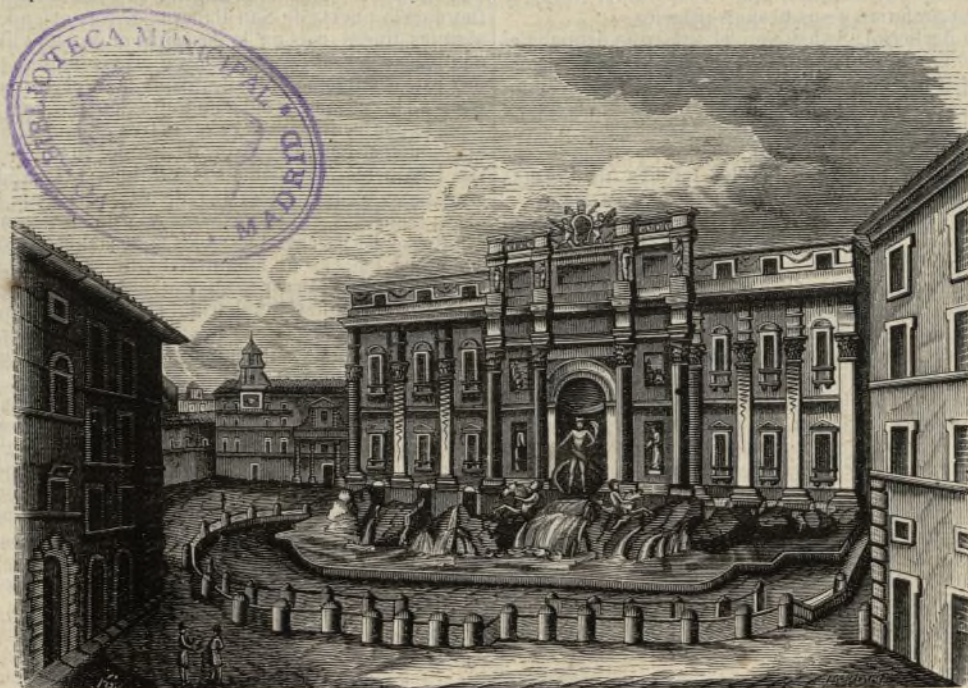


PLAZA DE ESPAÑA.—ESCALERA DE LA TRINIDAD DEL MONTE.

Cerca se encuentra la iglesia de Santa Inés, una de las primeras alzadas en tiempo de Constantino al afirmarse la paz del cristianismo.

Iglesia de Santa Constancia. Su origen es dudoso; y se alza sobre un antiguo templo de Baco.

Cerca de allí se encuentra un antiguo cementerio



FUENTE DE TREVI.

cristiano, y sobre el Teverone, en otro tiempo Anio, un puente que fué destruido por los godos.

Monte Sacro. A él se retiraron los plebeyos oprimidos por los patricios el año de Roma de 361. Nada podía

persuadirles á entrar en la ciudad; empero lo que no pudo hacer ni la elocuencia de los diputados, ni los ruegos de los sacerdotes y las vestales, lo hizo el célebre apólogo de Menenio Agripa referido por Tito Livio.

Una milla mas lejos se encuentra la casa de campo en donde se suicidó Neron.

Puerta Salaria. Por esta puerta entró Alarico en Roma á la cabeza de los bárbaros el año de 409.

Villa Albani. Creada por el cardenal Alejandro Albani, sobrino de Clemente XI, á principios del siglo XVIII. Despues del Vaticano y del Capitolio, el museo Albani es el primero de todos los de Roma.

Puente Salario, sobre el Anio; destruido por Totila y reedificado por Narses. Sobre este puente, 350 años antes de la era cristiana, Manlio desafió á un soldado gaula á singular combate. Mas allá del puente se descubren los llanos y las colinas, testigos de tantos sucesos desde la época de los reyes.

Jardines de Salustio. Despues de haber gobernado el Africa por César, el severo historiador vino á plantar entre el Quirinal y el Pincio los jardines célebres donde vivió sensualmente y de una manera tan contraria á la austeridad de sus escritos. En 409 los incendió Alarico, y desde entonces permanecieron abandonados.

No lejos de allí se ve el Ager de Servio Tulio, sobre el que se extendía el campo Scelerato, viéndose aun las cuevas donde se enterraban vivas las vestales que habian faltado al voto de castidad, ó dejaban apagar el fuego sagrado.

Iglesia de los capuchinos. Sencilla, modesta como las que tienen los religiosos de esta órden en casi todas las partes del mundo; empero tiene un horroroso cementerio, vasto salon en que se ven colocados cincuenta ó mas esqueletos al rededor, de pie, y con sus hábitos.

Villa Ludovici. Ocupa una pequeña parte de los famosos jardines de Salustio, que Vespasiano, Nerva, y Aureliano preferían á sus propios palacios.

Plaza Barberini. Se halla en el sitio que ocupaba el antiguo circo de Flora. Allí se levanta el palacio Barberini, construido con piedras arrancadas al Circo romano... En esta plaza hay una bella fuente llamada del Triton porque un triton sostiene la taza de ella y arroja el agua á grandísima altura.

Cerca de este palacio están los talleres de los mas célebres escultores, Tenerani, Tinelli, Torwaldsen.

Fuente de Trevi. Es la obra mas colosal de mármol que existe en fontanería, y es ademas la fuente mas colosal de Europa. Decía madama Stael que si se suspendiese el agua de esta fuente colosal habria un gran silencio en Roma. Esta fuente es la fachada de un grande palacio, y sus estatuas mitológicas, alzadas en medio del vasto estanque de mármol blanco donde se precipitan los torrentes del *Agua virginal*, presentan á la vista del espectador todo un Olimpo fluvial. Esta admirable agua descubierta por una joven virgen á los soldados del Agripa, y que ha dado á la fuente el nombre de *fuente de la Virgen*, llega de la Sabina á Roma por medio de un torrente que atraviesa catorce millas en un acueducto mitad subterráneo, obra de aquel ilustre romano que alzó el Panteon.

Plaza de España. Toma su nombre de un palacio perteneciente á la corte de España, donde vive el embajador. Allí hay un gran numero de hoteles para los estrangeros. Sin la magnífica escalera de dos brazos

que conduce á la Trinidad del Monte seria una plaza vulgar, empero sobre esta escalera se halla el convento de la Trinidad, y la academia de Francia sobre el Pincio. Esta escalera tiene 290 escalones.

En esta plaza hay una fuente en forma de barca, obra de Bernini.

Sobre lo alto de la escalera, desde donde se domina á toda Roma, y enfrente del convento de la Trinidad del Monte se alza un soberbio obelisco.

Al lado, y en esta misma altura, se halla la academia de Francia. Este edificio fué fundado en 1630 por Luis XIV, y mas adelante aumentado por el cardenal Alejandro de Médicis, de donde toma el nombre de villa Médicis. Es deliciosa su situacion, pues desde ella, como hemos dicho, se domina la ciudad y todos los alrededores de Roma. ¡Dichosos los artistas que moran allí, porque son los hombres mejor alojados de la tierra! Una alameda pequeña que hay sobre el Pincio constituye el paseo de invierno de los romanos.

Villa Borghese. Fundada por el cardenal Scipion Borghese, sobrino de Paulo V. Es una de las mas deliciosas de Roma; es un verdadero paraíso terrestre. En una galería de esta villa se veia la famosa estatua de Paulina, hermana de Bonaparte, para la que esta ilustre muger sirvió enteramente desnuda de modelo al cincel del feliz Canova. Los franceses se han apoderado en el ataque de 21 de junio de esta villa, si bien los romanos habian trasladado antes á la iglesia de San Pedro muchas de las preciosas estatuas que constituian su magnífico museo.

Magníficas son las villas Albani, Ludovici, y Borghese por la riqueza de sus mármoles y sus estatuas, empero es ciertamente la primera de todas por la belleza de su situacion, por la variedad y disposicion de sus jardines; por la abundancia de sus aguas y la lozanía de su vegetacion, así como por la estension que abraza, pues tiene seis millas de circuito, la villa Panfilí Doria; fuera de la puerta de San Pancracio. Nos estenderemos algunas líneas mas en la descripcion de esta villa, que con placer hemos recorrido hace pocos meses, porque hoy está completamente destruida por el furor de la guerra. En el ataque del 3 de junio ha sido tres veces tomada por los franceses, y otras tres reconquistada por los romanos. Las balas han destruido sus paredes, y las bayonetas mutilado sus estatuas y borrado sus magníficos techos. El casino de esta villa tenia cuatro pisos; todos los cuartos estaban adornados de antiguas estatuas y de preciosos muebles, y se habia descubierto cerca del palacio un monumento, único en su género, monumento de una remotísima antigüedad, conocido bajo el nombre de Columbario á causa de su forma. Era un monumento mortuario completo, un cementerio antiguo protegido por el silencio y la sombra de aquellos bosques, donde crece un árbol particular á ellos, los rinos parasoles de la villa Panfilí, de una celebridad europea por su elevacion, y que forman una variedad de muy grande efecto en medio de las plantaciones de todo género que embellecian aquella villa, plantaciones que han desaparecido completamente, porque en los diversos ataques dados en ella se han talado todos los árboles para construir parapetos y barricadas.

(La conclusion en el número inmediato).

EL CONDE DE FABRAQUER.

ANECDOTAS HISTORICAS.

RODRIGO NARVAEZ Y SU CAUTIVO.

Mas amo á mi familia que á mi mismo; amo mas á mi patria que á mi familia; pero todavia amo mas al género humano que á mi patria.

(FENELON).

A cada paso estamos viendo consignados en nuestra historia, ejemplares que nos demuestran de una manera evidente, que si existen hombres de crueles instintos que niegan á sus contrarios todo género de hospitalidad, tambien los hay que dotados de un alma sensible y generosa se horrorizan ante la perspectiva de un injusto cautiverio y tienden una mano benéfica á sus propios enemigos, prefiriendo á las preocupaciones nacionales y religiosas, los impulsos elementales basados en los buenos principios de la naturaleza humana. El siguiente ejemplo vendrá á probarnos cuanto dejamos apuntado.

En una hermosa mañana del año de 1460, se vió á la puerta de la morada del alcaide de Ronda, un caballo ricamente engalanado al estilo oriental, cuyas bridas asia un muchacho africano. Al poco tiempo salió el alcaide, respetable musulman de lengua y encanecida barba, y á su derecha un jóven de unos veinte y tres años de edad y de muy gallarda presencia. Este jóven imprimió un respetuoso beso en la frente del anciano moro y desviando un poco su dorado alfange, puso el pie en el estribo y cabalgó; hizo la última señal de despedida al viejo mahometano, y dando un gracioso giro á su fogoso corcel se fué poco á poco alejando de la casa, á cuyo umbral permaneció el anciano hasta perder de vista á aquella su prenda mas querida. Era su hijo el que se ausentaba.

—Alá te proteja, murmuró el alcaide, y entró seguido del muchacho africano.

Nuestro mancebo musulman únicamente acompañado de sus risueños pensamientos, salió de Ronda, y así que perdió de vista los muros de la poblacion tomó la senda que le guiaba á Loja dejando á su derecha la ciudad de Antequera, de la cual no se hallaba tampoco muy distante. Pero cuando mas se lisonjaba su corazon del éxito dichoso que tendria el término de su viage, divisó á cierta distancia doce ginetes cristianos que al parecer se dirigian á Antequera, pero que se detuvieron sin duda al distinguir al jóven musulman. Este tiró de la brida á su corcel y tambien se detuvo exclamando: —¡Soy perdido!

Con efecto, no pensaba mal; su cautiverio era la cosa mas probable que podia sucederle en semejante circunstancia. Era la vispera del día en que Rodrigo de Narvaez, alcaide de Antequera pensaba llevar á cabo una expedicion, y queriendo asegurarse habia destacado estos doce ginetes para que recorriesen el campo y le dieran parte del peligro que hubiera, mas no habiendo visto nada, caminaban de regreso á la ciudad cuando distinguieron al solitario musulman.

No fué mucho el tiempo que emplearon los exploradores en la indecision, y á una señal del gefe se desplegaron en ala guardándose gran distancia del uno al otro ginete y avanzaron al trote dando frente al jóven mahometano.

Si éste hubiese vuelto grupas y obligado á su caballo á correr á todo escape, tal vez hubiera logrado ponerse en salvo, pero el temor de verse alcanzado, ó recelando encontrar otra escolta durante su fuga y acrecentar el rigor de su cautiverio, fueron reflexiones que le obligaron á no hacer el menor ademán para huir de sus contrarios y esperó resignado lo que la suerte decidiera. En lugar de retroceder se adelantó con supuesta serenidad hacia sus perseguidores, entre los cuales se encontró al poco tiempo. Todos los ginetes cristianos desenvainaron al punto sus espadas al mismo tiempo que le rodeaban; pero el mancebo cercado procuró que sus enemigos depusieran el ademán hostil con que le amenazaban diciendo lo siguiente:

—Caballeros, lejos de huir he venido en vuestra busca, y esto indica que me someto al cautiverio que me aguarda; mi alfange ha permanecido oculto en la vaina, ¿á qué pues, desenvainar vuestras espadas?

—Eres nuestro prisionero, dijo el gefe de la escolta.

—Lo sé, respondió el jóven musulman, y por lo tanto estoy dispuesto á seguirlos donde quiera que me lleveis.

—Es nuestro deber, contestó el gefe, llevaros ante el alcaide de Antequera don Rodrigo de Narvaez.

—Ya os sigo, dijo el prisionero.

Los cristianos envainaron sus espadas, y se encaminaron hacia la ciudad de Antequera llevando en medio al cautivo, quien renegando de su mala estrella marchaba taciturno y silencioso con la mirada fija en el suelo.

Pronto llegaron á la ciudad, y el gefe de la escolta entró lleno de jubilo en el aposento del alcaide. Este era hombre que rayaba en los cincuenta y cinco, de fisonomía tosca y severa, pero en quien se advertia, á pesar de su ruda apariencia, ciertos movimientos espontáneos que revelaban la exquisita sensibilidad de su corazon, encerrado bajo formas tan ásperas.

—Sepamos las nuevas que me tráeis, dijo el alcaide recibiendo al gefe cristiano. Hablad, Mendaña.

—Señor, respondió Mendaña, el campo queda completamente limpio de enemigos, y nada arriesgareis aventurando vuestra proyectada expedicion.

Don Rodrigo lanzó una mirada á su interlocutor y conoció que la entonacion de su voz y la precipitacion con que se espresaba indicaban cierto regocijo que en vano se esforzaba en reprimir: el alcaide entonces, sin alterarse y despues de un momento de observacion, dijo á Mendaña estas palabras:

—Algo mas ha pasado durante la excursion... hablad.

—Señor, contestó Mendaña; os traemos un cautivo.

—¿Cómo se llama? preguntó Rodrigo.

—No lo sabemos; pero su semblante, sus maneras, la riqueza de su traje y el gusto con que ha engalanado su corcel, atestiguan su elevada condicion.

—Que entre ese cautivo, interrumpió Rodrigo, y dejadme solo con él.

Mendaña saludó respetuosamente al alcaide y des-

pues de un breve rato volvió con el cautivo, al cual dejó con Rodrigo y se retiró. El moro clavó sus grandes ojos sobre la faz severa del cristiano; éste se adelantó y ofreciendo un sillón al prisionero, quien aceptó, dijo:

—¿Hablas el idioma castellano?

—Sí, contestó el joven.

—Me alegro, repuso Narvaez.

—Y yo también, le contestó el moro.

—¿Porqué?

—Porque así nos entenderemos.

—Me hablas con arrogancia, dijo el cristiano.

—Nunca fui mas arrogante que en los peligros.

—¿Como te llamas?

—Ambesa ben Sahim.

—Ben Sahim!... repitió Narvaez.

—Sí, hijo soy de Sahim, alcaide de Ronda ¿Porque te admiras?

—¿Admirarme? no; pero conozco á tu padre y se que es un valiente, y el valor le admiro aun en mis propios enemigos; pero eso no impide que seas mi prisionero. Ya sabrás lo que mandan las leyes de la guerra y yo soy un sumiso servidor de tales preceptos. Tu suerte me lastima, en verdad, mas no puedo prescindir....

—¿Y quién te ha dicho, interrumpió el mahometano que me aterren los preceptos que me indicas? Cumples con tu deber que bastantes prisioneros cristianos guardan tambien nuestras mazmorras.

—Yo no tengo mazmorras; pero tengo cadenas para humillar tu inoportuna arrogancia.

Y levantándose añadió:

—Daré, pues, mis órdenes, para que inmediatamente te aprisionen.

Ambesa palideció y le fué enteramente imposible ocultar las lágrimas que cayeron de sus ojos. Rodrigo volvió entonces la cara y al observar el semblante del, al parecer, apocado joven, dijo sonriendo.

—¿Qué veo? ¿Aun no soportas el grave peso de las cadenas y lloras? ¿Qué te sucederá cuando las sostengas y te veas privado de la libertad? ¿Y si mandara cortar tu cabeza? ¿A donde llegarían tus clamores, joven tímido y pusilánime?

—Manda que corten mi cabeza, exclamó Ambesa dejando su asiento. Prefiero mil muertes al cautiverio que me aguarda.

—El hombre de corazon, soporta con igual resignacion el cautiverio y la muerte.

—¿Jamás! gritó Ambesa. ¿Sabes por ventura lo que me quitas privandome de la libertad que hoy me es tan necesaria? ¿Pensas que mis lágrimas proceden de un cobarde temor?.... no; te engañas Rodrigo de Narvaez. Hoy lloro mi cautiverio; mañana no le lloraré.

—Dame la razon; espícale.

—Hace largo tiempo que estoy enamorado de la hija del alcaide de Loja; Zaida me corresponde; con lo cual soy el mortal mas dichoso que alimenta la tierra, porque Zaida es hermosa como los ángeles celestiales que iluminaron á nuestro profeta. Su mirada es dulce y seductora; su elocuencia es mas grata y persuasiva que los inmortales preceptos del Corán; el aliento que sale de su boca es agradable como el aromático cefirillo de un vergel. Esta noche misma iba á ser dueño de esta hija predilecta de los creyentes, y tú con tu cautiverio me arrebatas, inhumano, tan extraordinario placer. Cuando viste caer mis lágrimas las creíste dimanadas de un corazon cobarde; no, no; este alfange ha hecho ver lo contrario en bastantes ocasiones, pues por las venas de Ambesa corre la sangre de su padre, y tú mismo has confesado que mi padre es un valiente.

Don Rodrigo de Narvaez quedó atónito al contemplar la enérgica espresion que daba el joven á su acalorado razonamiento, y despues de un corto instante de indecision dijo al moro estas palabras.

—Reconozco al hijo de Him; eres un valiente. Sin embargo ya sabes que soy rigido con los preceptos de mi ley y no puedo darte la libertad; pero si bajo tu palabra de caballero me prometes volver, te doy permiso para que goces de tu dicha esta noche.

—Lo prometo, exclamó Ambesa.

—Parte, pues.

—¿Quién me acompaña?

—Nadie.

—¿Nadie me escolta?

—Sí; tu palabra de caballero será el centinela mas severo que lleves á tu lado.

—Alá te guarde, Rodrigo.

—Adios, Ambesa.

Hubiera querido nuestro enamorado musulman haber llegado á la casa de su amada aun antes que su pensamiento. Por fin llegó, y no hay para que detenernos en las circunstancias que mediaron en el acto de ser recibido; la acogida fué conforme á lo que debe esperarse al ver un objeto deseado. Grandes fueron el contento y regocijo de la prometida Zaida; no menor el placer del alcaide su padre, y estremado el de Ambesa que en presencia de su amada, no se acordó que era cautivo de Rodrigo de Narvaez. Aquel mismo dia fué Ambesa dueño esclusivo de la hermosa mahometana, previos los ritos y ceremonias que en semejantes actos celebraban los árabes.

Al despuntar la aurora del siguiente dia despertó Ambesa triste y sobresaltado recordando que era caballero, y que como tal, habia dado una palabra. Saltó del lecho y se puso á llorar. Zaida acudió presurosa y asustada y le preguntó la causa de sus inesperados lamentos.

—¿Qué desgraciado soy! exclamó Ambesa.

—¿Como! dijo Zaida llena de dolor; ¿Te arrepientes tal vez de haber unido tu suerte á la mia? ..

—No, no, ángel de mi vida! interrumpió Ambesa estrechando á Zaida contra su seno.... Pero soy muy desgraciado.

—¿Que te pasa?

—Tengo que ausentarme de tu lado.

—¿Me explicarás la razon?... Pero ¿fuges quizás: ayer tan contento, hoy tan triste... tú me engañas, Ambesa; eres un traidor.

Zaida no pudo convencerse de la lealtad de su esposo, por mas que éste quiso probarle lo equivocado de su juicio. Omitia revelar su cautiverio creyendo que aumentaria el dolor de la desconsolada mora. Por último, Zaida llamó á su padre á quien refirió anegada en llanto cuanto le pasaba. El alcaide de Loja, no viendo esplicaciones claras y terminantes por parte de su yerno, dió crédito á las sospechas de su hija, y en términos duros reprendió á Ambesa su extraño proceder, pero el abatido joven no encontrando ya medios suficientes para justificar de otra manera su amor y su constancia exclamó:

—Basta, basta.... me estais destrozando el corazon al ver como calumniáis mis sentimientos.... ¡Soy un miserable cautivo de Rodrigo de Narvaez, alcaide de Antequera!

El padre y la hija quedaron atónitos y suspensos al oir semejante revelacion. Ambesa refirió los pormenores de su cautiverio; la espontánea concesion de Narvaez para venir á casarse, y por último dijo:

—He dado mi palabra de volver; los cristianos se precian de caballeros, y de ser leales á sus promesas, y yo, hijo del alcaide de Ronda, no quiero manchar mi noble estirpe faltando cobardemente á mi palabra.

—Cúmplela, interrumpió su suegro.

—No la cumplas, exclamó Zaida.

Ambesa la miró con cierta severidad, y el padre dijo al momento:

—No estrañes lo que te aconseja: te quiere; su corazón escucha el grito del amor, y desatiende al llamamiento del pundonor caballeresco; pero yo te aconsejo que partas al instante y te presentes á Rodrigo de Narvaez.

—Pues entonces, exclamó Zaida, unamos nuestros destinos; yo debo ser tuya lo mismo en la prosperidad que en la adversidad: quiero seguirte y sufrir á tu lado los rigores del cautiverio.

—No, no Zaida querida, interrumpió Ambesa; mordera tu dolor, que acaso no esté lejos el instante en que el cielo se muestre benigno y compadezca mi situación; yo moriría de dolor viendo que compartías conmigo los pesares; sé feliz; vive dichosa al lado de tu padre y acuérdate de tu pobre cautivo.

Mucho se prolongaron estos tiernos é interesantes diálogos; pero al fin fué forzoso partir y Ambesa montó á caballo para dirigirse á Antequera dejando á Zaida llorando amargamente. El cautivo caminó llevando presente la bella imagen de su adorada; llegó á la ciudad y se presentó á Narvaez.

—Aquí me tienes.

—Eres un verdadero caballero, dijo Rodrigo alargándole la mano. Es hora de almorzar y quiero que almuerces conmigo.

El cautivo aceptó, y al poco tiempo el moro y el cristiano se encontraban sentados á la mesa, y refiriendo cada cual ciertos hechos particulares de la guerra, que á la sazón se sostenía. Un ruido inesperado de voces interrumpió la conversacion de los que se desayunaban.

—¿Qué es eso? preguntó Rodrigo á su escudero que servía á la mesa.

—Señor, creo que se ha presentado una mora que solicita ser vuestra cautiva.

Ambesa se puso de pie, cuyo movimiento imitó Narvaez al mismo tiempo que decía.

—Que entre esa mora.

Con efecto, entró la mora y Ambesa lanzó un profundo grito al reconocer á su querida Zaida.

—No te asustes dijo la heroica enamorada.

Y dirigiéndose despues á Rodrigo añadió poniendo un cofrecito sobre la mesa.

—Rodrigo; aquí tienes todas mis alhajas; son joyas de gran valor, examinalas y ve si son bastante para rescatar á mi querido Ambesa.

—Por grande que sea el precio de tus joyas, dijo Narvaez con severidad, es mayor el valor de mi cautivo.

—¿Qué me quieres dar á entender? ¿Rehusas? Pues

entonces consiente que viva á su lado; tambien quiero yo ser tu cautiva.

—Consiento en ello, dijo Narvaez.

—¿Qué has hecho? desgraciada, exclamó Ambesa.

Rodrigo entonces volviéndose hácia donde estaba su escudero, le dijo.

—A Mendaña que mande ensillar, y que al instante estén prevenidos catorce ginetes.

—¿Qué intentas hacer? preguntaron á un tiempo los cautivos.

—Lo que debo; ambos me perteneceis; y quiero ponaros en lugar seguro, que sois prisioneros de gran valia.

—¡Ah! exclamó Ambesa. Te has perdido pobre Zaida; has prolongado nuestro infortunio.

—¿Qué importa si vivimos juntos? respondió Zaida.

—Concede su libertad, dijo Ambesa á Rodrigo; com-podece su inesperienza; no consientas que sufra por mi causa.

El escudero anunció que los ginetes esperaban á la puerta, y Rodrigo mandó que entrase Mendaña para recibir instrucciones.

Mientras tanto, cogió el cofrecito, y dándoselo á Zaida.

—Toma, dijo; conserva tus joyas, que yo no las quiero.

Mendaña se presentó y oyó de la boca de Narvaez las siguientes palabras.

—Mendaña, la tropa que mandas será una escolta de honor que llevarán estos dos cautivos hasta que lleguen á Ronda, ó á Loja, donde ellos quieran ser conducidos.—Sois libres, dijo á los moros, y decid á los vuestros que entre los cristianos existen pechos caballeros y generosos, y que aprendan á usar de igual comportamiento con los prisioneros cristianos.

Los recién casados se echaron á los pies de Narvaez, y este que se avergonzaba de presenciar tales demostraciones, se ausentó para encerrarse en otro aposento. Partieron los cautivos con su escolta de honor, llegaron á Ronda y pronto se propagó por Granada el rasgo caballeresco de Narvaez que fué objeto de romances que en honor suyo compusieron sus propios enemigos. La leyenda cuenta que Ambesa y Zaida fueron dichosos; y merecian serlo. Solo nos falta añadir una circunstancia que no estará demas indicar en la presente anecdota, y es, que segun un historiador moderno, este Rodrigo de Narvaez, del siglo XV alcaide de Antequera, es progenitor de don Ramon Maria Narvaez, actual presidente del consejo de ministros.

I. A. BERMERO.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

LA HERMANA DE REMBRANDT.

CAPITULO VII.

(Conclusion). (1)

Pablo no volvió hasta muy entrada la noche, y ya se iba á acostar cuando oyó abrir suavemente la puerta de

su cuarto y vió llegar á Luisa marchando con precaucion.

—¿Duermes, Pablo?

—No; pero ¿por qué vienes á esta hora? ¿Qué ocurre? Luisa le cogió las dos manos que estrechó entre las suyas y le miró tiernamente.

—Y tu cuadro, Pablo, ¿no quieres que venga á felicitarte por él?

Esta vez no pudo el tetrico Pablo resistir á las dulces emociones de que se sentia agitado.

—¡Hermana mia! hermana mia! exclamó abrazándola con efusion. ¡Ah! mi buena hermana, mi segunda madre!

Las dos terceras partes de la noche trascurrieron en

(1) Véanse los dos números anteriores.

dulces confianzas y en expansiones indecibles, y cuando se separaron, cuando Luisa entró en su cuarto, dijo al terminar su plegaria:

—¡Gracias, Dios mío, por que has tocado el corazón de mi hermano y te has apiadado de su tristeza! ¡Gracias te doy también por que me has escogido para consolarle!

Mas ¡ay! al día siguiente había vuelto á caer Pablo en su habitual melancolía.

Maese Van-Zvaanenburg no había dicho á donde llevó el cuadro de su discípulo, por que quería proporcionarle en secreto otra alegría, y un nuevo triunfo. Esperábase en Leiden á uno de los mas ricos chalanes de cuadros, y Van-Zvaanenburg quería que este chalan comprara á buen precio la obra de Pablo; empero desgraciadamente Eustaquio Massark, que era el chalan á que aludimos, fuese por que aquel día no estaba de humor para comprar, ó por que no comprendiese el mérito del cuadro de Pablo, no quiso comprarlo por ningún dinero, noticia funesta que recibió el viejo pintor en el mismo instante en que, gracias al humor comunicativo que le daba el vino, revelaba á su discípulo el misterio de aquella negociación.

—Cien florines lo menos te han de dar por él, decía á Pablo, no se lo llevarán si regatean. En la Haya hay muchos compradores é inteligentes, y allá iremos, pero aquí viene maese Brousmiche, á quien di el encargo de ir á saber la respuesta de Eustaquio Massark.

—¿Qué hay?

—¿Qué hay!... repitió Brousmiche titubeando.

—Sí, habla, habla alto. ¿A que vienen esos misterios? Todo el mundo sabe de donde vienes; habla y que sea pronto.

—Ese maldito Massark entiende tanto de pintura como las suelas de mis zapatos, contestó Brousmiche; no quiere dar cien florines por el cuadro.

—¿Y cuánto ofrece? preguntó desdeñosamente Van-Zvaanenburg. ¿Cuánto ofrece ese chalan de cuadros?

Brousmiche quiso inclinarse al oído del pintor, pero este le replicó.

—Habla, habla, eterno amigo de secretillos y date menos importancia. Ea, acaba de decirnos cuanto ofrece Massark.

—Nada, no lo quiere por nada, y aun cuando se lo dieran de valde no lo tomaría. Estas son sus propias palabras.

El semblante de Van-Zvaanenburg se puso colorado como la escarlata, mientras que Pablo Rembrandt, pálido de cólera, se esforzó por conservar su prudencia: algunos discípulos se sonrieron y todos bajaron los ojos.

—Id á decir á ese Massark que es un imbécil, un asno, un bribón...

—¡Padre mío! padre mío! calmáos, dijo Pablo tartamudeando y se llevó al viejo que no cesó de vociferar.

—Ese vanidoso de Pablo vá á caer enfermo, murmuró uno de los discípulos cuando salían los dos pintores.

—¿Enfermo? estey seguro de que este lance le costará la vida.

—Por lo menos la lecciónilla que acaba de recibir le hará modesto y político.

De esta suerte se regocijaban todos de la humillación de Pablo, porque Pablo había humillado el amor propio de todos.

Luisa absorbía por sus propios dolores, no había sabido de aquellos acontecimientos mas que sus consecuencias: es decir, una indisposición de maese Van-Zvaanenburg, y una crisis nerviosa que la había seguido. Luego que se acostó el viejo y quedó profundamente dormido, se volvió ella á su cuarto, y allí sondeó la llaga de su corazón.

¡Saturnino no la ama á pesar de amarle ella con todo el cariño de que escapa su alma! ¡Las palabras de amor que la decía eran mentiras! ¡la engañaba!

¡Irrision! amarga burla! y es Teresa, una hermana, la que se une al ingrato para engañar á una pobre mujer, confiada y sin sospechas.

¡Pues bien! si la han engañado, sufrirán la pena de su traición. Se casará con Saturnino, y si es desgraciada también ellos lo serán.

Levantóse desgredada, marchó sin objeto, y en el mayor desorden, sin aliento, sofocado el pecho y las mejillas abrasando.

De repente se paró delante del retrato de su madre. Entonces sintió desahogarse su pecho y lágrimas abundantes la aliviaron.

Cuando los primeros rayos de la mañana penetraron en su estancia, Luisa estaba todavía arrodillada y rezando. Concluida su plegaria se levantó llena de fuerza y resolución, y salió en busca de maese Van-Zvaanenburg que ya se había levantado y se paseaba enfermo, triste y cabizbajo por el jardín.

—¡Jamás! jamás! respondió con cólera á las primeras palabras de Luisa, jamás, lo juro por la salvación de mi alma.

Luisa tuvo que retirarse sin haber obtenido lo que pedía al viejo pintor.

Aquella era la primera vez de su vida que le acontecía semejante cosa, pues nunca Van-Zvaanenburg había usado con la pobre Luisa aquel tono brusco é imperioso.

¿Qué era lo que le había pedido?

La mano de Teresa para Saturnino.

CAPITULO VIII.

SACRIFICIO CONSUMADO.

Habeis llenado mi corazón de amargura;
sed feliz.

Me habeis herido en mis afecciones mas santas;
sed feliz.

Me habeis dicho *racca*, os bendigo y respondo:
sed feliz.

KLOPSTOK.

Cuando á la hora acostumbrada llegaron los discípulos de maese Van-Zvaanenburg, no comprendieron nada del cambio ocurrido en la casa del pintor. Todo el mundo parecía agitado y fuera de sí: los dos criados iban y venían sin tener que hacer; Luisa no estaba sentada en su sitio ordinario, desde donde saludaba con la cabeza sin dejar la costura; en fin Teresa, la linda Teresa, que nunca dejaba de presentarse al paso á Saturnino no estaba en el taller, donde, para deslizar, sabía como su amante, inventar siempre cinco ó seis ingeniosos motivos; pero lo que había de mas maravilloso, inusitado é inaudito era el silencio profundo que reinaba en el taller. El paso periódico de maese Van-Zvaanenburg no resonaba sobre el pavimento de madera, ni su tos seca y voz gruñona recomendaban la atención y el trabajo á todos aquellos jóvenes atolondrados, que reunidos en grupo charlaban á sus anchas, sin cuidarse de sus caballetes ni de sus pinceles.

Solo Pablo Gerretz, ó mas bien Rembrandt, como le llamaban sus camaradas, ocupaba su puesto habitual, y trabajaba con su taciturnidad ordinaria.

Maese Van-Zvaanenburg olvidaba su taller y sus discípulos, porque el amor de Teresa y Saturnino, que le parecía ingratitud y traición, había vuelto toda su energía al odio inveterado que profesaba á los hombres; odio que los consuelos de Luisa y el inefable encanto que en torno suyo difundía, habían logrado hasta entonces calmar y adormecer profundamente, porque en vano continuaba hacia siete años lanzando palabras amargas y rencorosas; esta amargura y este odio, se

debilitaban de día en día en su corazón, y aunque como la mar, bramaban después de la tempestad, lo hacían sin amenaza y sin peligro.

Sin embargo, la noticia de los culpables amores de aquellos jóvenes insensatos, había vuelto a abrir la antigua herida del pintor, y este choque había producido tan vivo dolor, que la abnegación de Luisa, aquella abnegación tan maternal, había sido ineficaz para atenuar la violencia del golpe. Entregado enteramente a la indignación y a los proyectos del castigo, embotados los nervios por el exceso de la gula y las libaciones de la vispera, enfadado sobre todo por la negativa del chalan Massark, que le ofendía cruelmente como pintor y como amigo, experimentó cierta alegría cruel al ver a Saturnino atravesar el corredor del taller, buscando con la vista a su Teresa ausente.

—No es a mí a quien buscáis; pero yo os buscaba, le dijo en tono severo, y condujo al fondo del jardín al pobre joven lleno de un terror difícil de explicar.

—Sois un mercachifle, nada más que un miserable tendero. Por una condescendencia culpable os he dejado penetrar en mi taller, en mi cuarto a todas horas, os he tratado como hijo; he querido vuestra felicidad, he querido confiaros lo que tenía de más precioso en el mundo, un ángel, modelo de todas las ternuras y todas las virtudes. Responded, ¿como me habeis pagado tantos beneficios, miserable, ingrato?

Saturnino tembló.

—¡Si, ingrato! lo repito. Ingrato, miserable y vil ingrato que seduce a la hija adoptiva de su amigo, y a la hermana de su prometida, que quiere deshonorar a la una, y desgarrar el corazón de la otra. Escuchadme bien, Saturnino, escuchadme: entre nosotros dos nada hay de común. Os echo de mi casa. Os prohibo la entrada en ella para siempre. ¿Qué insensato he sido en haber olvidado la cruel experiencia de mi juventud! ¿qué insensato en haber creído en la probidad de un hombre! Idos, y no volváis a presentaros a mis ojos.

Saturnino sin saber lo que le pasaba se echó a los pies de maese Van-Zvaanenburg y le dijo en el tono mas suplicante del mundo:

—¡Por piedad! no me digais semejantes palabras; no me las digais. Soy culpable; pero mi falta no es irreparable. Luisa ignora mi fatal secreto, y toda mi vida...

—Si, pensais engañarla, le direis que la amais. ¡Miserable! ¿Crees hacerla juguete de tus calculadas mentiras! ¿Que su corazón amante y su ternura previsora se engañará con una comedia que tú mismo no podrás continuar! Tu falta es inmensa y sin remedio. Aunque te arrepientas y desesperes es demasiado tarde. Ella lo sabe todo.

Sal, pues, de mi presencia y maldito seas.

Y se retiró agitado por una emoción extrema y sin saber a donde iba.

—Maese Van-Zvaanenburg, escuchadme ¡que diablo! ¿A donde correis de ese modo? Os traigo buenas noticias gritó el viejo Brousmiche que entraba.

—Dejadme, no tengo tiempo para escucharos.

—¡Pardiez! me escuchareis a la fuerza.... Maese Van-voustoodt, ese famoso tratante en cuadros que vive en La Haya, acaba de llegar a Leiden.

—Es un ignorante como Massark; váyase al diablo.

—No tan ignorante como creéis, pues acaba de darme ciento cincuenta florines por el cuadro de Rembrandt.

La fisonomía de Van-Zvaanenburg se animó de una manera extraordinaria y no quedó el menor vestigio de cólera en su corazón; todo lo olvidó para entregarse a la alegría del triunfo de su discípulo.

Cogió la bolsa de manos de Brousmiche, corrió al taller y sin reparar que nadie trabajaba, esparramó las piezas de oro a los pies de Rembrandt: las piezas de oro

que saltaron y resonaron sobre el pavimento con maravillosa melodía.

Los ojos de Rembrandt brillaron con el fuego de la alegría, y sus manos se estendieron hacia el oro; empujó reprimió vivamente aquel movimiento instintivo, y se contentó con amontonar con el pie las piezas de oro esparcidas.

—Gracias, maestro, dijo después con frialdad, y siguió trabajando.

Pero en vano, por que su mano temblaba, un fuego desconocido quemaba su frente y sus miradas se separaban del lienzo para fijarse furtivamente sobre aquel oro, cuyo sonido había producido sobre todos sus nervios una impresión inexplicable y nueva. No era el placer, ni el bienestar que aquel oro debía proporcionarle los que de aquella suerte agitaban a Rembrandt, no; si no una especie de alegría dolorosa, un instinto que de repente se revelaba en él, como el instinto de un tigre joven, alimentado con leche en una jaula, se revela a deshora al aspecto de una presa viva. Sin la presencia de maese Van-Zvaanenburg, se habría levantado; hubiera bañado sus manos en el oro; se hubiera embriagado con el sonido incisivo que ya había atacado sus nervios, hubiera besado el oro y se lo habría llevado furtivamente para encerrarlo bajo tres llaves; para poseerlo con toda seguridad y velar por él día y noche como velamos por nuestra felicidad, por nuestra vida y por nuestra alma.

Pero hallábase allí un testigo: Rembrandt se hizo violencia y supo contener los movimientos impetuosos que le ahogaban, permaneciendo tranquilo e impassible en la apariencia.

—¡Diablo! como desprecias el oro, dijo Van-Zvaanenburg, metiendo los florines en el talego. Voy a ver si Luisa lo mira con la misma indiferencia.

Y alegre como un niño corrió al cuarto de Luisa; pero al verla pálida y débil se detuvo como herido de un rayo, porque en aquel momento recordó el tono desabrido y cruel con que había rechazado la petición de Luisa.

Esta hizo un esfuerzo para sonreírse; pero prorrumpió en sollozos y ocultó su rostro en el seno de su viejo amigo.

—Vamos, dijo enjugándose las lágrimas; todo esto es debilidad y locura. ¿Qué buena noticia me traéis? ¿Un saco lleno de oro? ¿El precio del cuadro de Pablo? Leo todo esto en vuestros ojos. ¿Qué feliz soy!

Una frialdad convulsiva agitaba todos sus miembros y contraía sus mejillas encendidas. Sonreíase de una manera que hacía daño a la vista; se ahogaba y para respirar un poco tuvo que abrir una ventana.

—Padre mío, dijo cuando recobró algunas fuerzas; ya lo veis, me siento fuerte y resignada. No hagais a tres personas desgraciadas en vez de una sola; consentid en el casamiento de Saturnino con Teresa, con Teresa, de quien debo ser madre.

—Haced lo que queráis, Luisa; por que sois tan buena y santa que no puedo hacer más que admiraros.

—Pues bien, mientras subo en busca de Teresa para prepararla, vos, padre mío, id buscar a Saturnino y traedle aquí.

Maese Van-Zvaanenburg obedeció.

Cuando Luisa entró en el cuarto de Teresa, la encontró apoyada sobre una mesa, oculto el rostro entre sus manos y entregada a una tristeza profunda. Sentándose a su lado sin hacer ruido, la dijo:

—Hija mía, ¿por qué te entregas a esa tristeza y a ese dolor tan estremado?

Teresa se estremeció y bajó los ojos.

—¿No tienes ya confianza en mí? ¿No soy tu hermana? ¿No soy tu madre?

—¿Te he dado acaso motivo para que dudes de mi ternura y agradecimiento? replicó Teresa con alguna

aspereza, por que el pesar nos hace desabridos y hasta menos buenos.

Cogiendo Luisa la mano de su hermana le dijo:

—Ya sabrás que nuestro padre adoptivo quería casarme.

—Sí, lo sé, y me alegro de ese casamiento.

¡Qué alegría!... Sus labios blancos y convulsivos apenas podían articular palabras confusas.

—He reflexionado mucho en ese proyecto y temo que no haga mi felicidad, ni la de Saturnino.

Teresa miró á Luisa con aire de desconfianza.

—Maese Van-Zvaanenburg está acostumbrado á mis cuidados; nuestro hermano Pablo, con su indiferencia de artista y su carácter algo brusco los reclama igualmente. Yo misma.....

La pobre iba á decir que habria visto aquel casamiento sin alegría... pero no pudo pronunciar semejantes palabras, por que le faltó la voz.

—Así es que he formado otros proyectos, hermana mia.

Teresa escuchó religiosamente.

—Estos proyectos te conciernen alguna cosa.

—¿A mí, Luisa?

—A tí, hija mia. Si yo no me caso con Saturnino, tu puedes casarte con él.

—Hermana mia... hermana mia, ¡calla, calla por piedad, porque me das la muerte! exclamó Teresa arrojándose á los pies de su hermana.

—Cálmate, hija mia, y cree en mis palabras. Serás esposa de Saturnino.

—¡Oh! no, no, eso no es posible; jamás aceptaré tamaño sacrificio; amas á Saturnino y yo no puedo casarme con él. ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio!

En aquel momento entró maese Van-Zvaanenburg acompañando á Saturnino que llevaba los ojos bajos.

Luisa le hizo seña para que se acercase á Teresa, y mientras los dos amantes, enlazando sus manos, se miraban llorando y sonriendo á un mismo tiempo, dijo con voz profundamente conmovida:

—¡Dios mio, hazla venturosa!

El viejo pintor la miraba con cierta sorpresa y compasion.

—¡Hija mia! ¡hija mia! le dijo presentándole la mano: Luisa le dió la suya húmeda y fria.

Al estrecharla tiernamente maese Van Zvaanenburg dijo para sí:

—¡Dios mio! perdóname porque he dudado de la virtud.

CAPITULO IX.

LA MISMA HASTA EL FIN.

—Yo os suplico, Señor, que hagais posible para mí por el auxilio de vuestra gracia cuanto me parece imposible por la sola fuerza de la naturaleza.

—La vida de Jesucristo es el camino que debemos seguir, y la paciencia nos conduce á la corona de los elegidos.

—Desde la hora de mi nacimiento hasta el último suspiro de mi vida no he cesado de sufrir algun dolor.

Imitacion de Jesucristo.

Han pasado veinte años, espacio rápido y lleno de lentitud que parece una eternidad en el porvenir y un sueño en lo pasado. ¡Veinte años, durante los cuales dos acontecimientos graves y dolorosos, han destrozado el corazón de Luisa, llenando de turbacion su vida antes tan tranquila y resignada!

Quiero hablar de la muerte de maese Van-Zvaanenburg y del casamiento de Rembrandt.

La muerte del viejo pintor ocurrió seis años despues de la boda de Teresa y Saturnino. Habia ido á visitarlos con Luisa; Luisa que hallaba en la felicidad de los dos esposos el premio de su heroica abnegacion, si bien el tiempo, ese consuelo dispensado á todos los dolores, habia hecho degenerar la tristeza en dulce melancolia.

Despues de comer, maese Van-Zvaanenburg se echó á dormir la siesta, segun la costumbre que habia contraído, y cuando fueron á despertarle ya no existia. De esta suerte pasó tranquilamente de la existencia á la eternidad, sin dolor y como un ángel, que despues de haber sufrido en la tierra su tiempo de espiacion y sufrimiento, se vuelve dulcemente al cielo de donde le habia desterrado la voluntad divina.

Al poco tiempo se celebró el casamiento de Rembrandt, quedando Luisa en la mas completa soledad. Hé aqui como se verificó este suceso. Una mañana llevó Rembrandt á la casa que dirigia Luisa una aldeana jóven y linda.

—Hermana, dijo, esta es mi muger.

Y Luisa tuvo pronto una rival temible y celosa en los cuidados domésticos y en el cariño de su hermano.

Despues de tres años de paciencia ejemplar, Luisa tuvo que dejar llorando la casa de Rembrandt para ir á vivir sola en una casita pobre que compró en la parte mas solitaria de los arrabales de Leiden. La oracion, el trabajo y frecuentes visitas á Teresa y Saturnino ocupaban sus dias, cuyo vacío y pesadez soportaba con resignacion admirable.

Entretanto Rembrandt, de repente y sin despedirse de Luisa, sin decirle adios, sin abrazarla, dejó á Leiden y se fué á vivir en Amsterdam, donde pasó diez y siete años sin escribir una sola vez á su hermana.

Despues de este largo término de olvido y de injusticia, recibió un dia Luisa una carta, cuya letra la hizo estremecer:

«Hermana, mi muger ha muerto, mi hijo está viajando; me hallo solo.

«PABLO REMBRANDT.»

Al dia siguiente Luisa, despues de haber abrazado á Teresa y á su marido, subió á un coche y tomó el camino de Amsterdam, á donde llegó cuando empezaba á anochecer. Despues de haber recorrido los barrios mas ricos y elegantes, se dirigió hácia calles lóbregas, húmedas y sucias, habitadas en su mayor parte por judíos. En el fondo de una de estas calles habia una casa baja y sombría, precedida de una pared de diez á doce pies en la que se veia una puertecita por la que un hombre podia apenas pasar sin inclinar la cabeza.

Esta puerta comunicaba con un patio estrecho, donde hacian la guardia dos enormes mastines atados con una cadena, al pie de una escalera, en la cual se veia un hombre viejo, de figura medianamente agraciada, y que cualquiera hubiera podido tomar por un prestamista judío.

Aquel era Rembrandt.

Su hermana, cuando se apeó del carruaje, apenas pudo reconocerle, y Rembrandt, frío y severo como en su juventud, recibió las tiernas caricias de Luisa, no con indiferencia, sino con tristeza. Despues la cogió de la mano, y la llevó silenciosamente por toda la casa, cuyo aspecto negro, pobre y repugnante solo podia infundir tristeza y desaliento.

Terminada aquella visita, condujo á Luisa á un apo-



sento que no era mas agradable, y en cuyo hogar ardia con suma dificultad un monton de turba, que exalaba un olor fuerte y nauseabundo.

Cogiendo despues un sillón lo ofreció á Luisa y sentó delante de ella.

—Hermana, le dijo, ¿te sientes con valor para habitar este triste albergue, vivir sola conmigo y no recibir mas visitas que las de los judíos y personas que vienen á tratar con ellos? Di, ¿te hallas con ese valor?

—Hermano mío, si puedo hacerte feliz....

—¿Feliz? ¿yo? replicó Rembrandt. ¿Piensas que hay felicidad para el hombre que no tiene ya mas que una creencia funesta y maldita, el oro; y que ha visto desvanecerse todas sus ilusiones? He amado la gloria, y no he encontrado en ella mas que disgustos; porque jamás he experimentado la alegría del triunfo y he apurado la copa de amargura, del odio y de la envidia.... ¡El amor! He amado una vez en mi vida.... Es pobre, decía para mí sin educacion, sin familia, me amará mucho y me hará feliz, aunque no sea mas que por agradecimiento. ¡Ese viejo loco de Van-Zvaanenburg, ese misántropo

incompleto, me había hecho creer en el agradecimiento!) Apenas la humilde campesina toma posesion de mi casa se hace altanera; manda, trastorna y dispone de todo; me maltrata y replica á mis órdenes con amenazas, y á mis amenazas con insultos; en fin convierte mi vida en un infierno.

¿Y mi hijo? Mi hijo codicia mi herencia y contrae deudas que se obliga á pagar despues de mi muerte, y alega mil pretestos para arrancarme el permiso de viajar, y alejarse de mí! Su padre le estorba y enfada.

Muerta mi esposa, ausente mi hijo... quise vivir solo; pero no pude soportar la soledad. En medio de mi aislamiento senti la necesidad de un apoyo, y vi con desesperacion que todavia quedaba en mi corazón, que ya consideraba seco é insensible, la necesidad imperiosa de amar. Entonces pensé en tí, Luisa, en tí, ángel sublime de ternura, cuya vida entera no ha sido mas que una larga série de sacrificios. Si, Luisa, estoy seguro de que sabrás tolerar los caprichos de mi mal humor, y de que en medio de mis enojos injustos y de mis estravagantes manias, distinguirás el dolor misterioso



LUISA Y PABLO REMBRANDT.

de un alma privilegiada, y á la que Dios hace espiar la superioridad que le ha dado. Cuando me veas amontonar oro y hacerlo todo por el oro, comprenderás esa pasión insensata que embriaga; pero que á lo menos impide sentir, y dejarás de despreciar al avaro para compadecerle.

Si, Luisa, le tendrás compasion porque bien la me-

rece el desgraciado que no tiene otros recursos para olvidar sus infortunios si no la embriaguez y el embrutecimiento. ¿Quien no se detiene á levantarle cuando yace en medio del arroyo, y no se digna llevarle á su casa diciendo: ¡pobre desgraciado! esa es toda su alegría y no conviene reprenderle por ella? Yo tambien, Luisa, quise recurrir al embrutecimiento de la embriaguez,

pero mi cuerpo sufría, sin que mi razón desapareciera. No hay cosa como el oro, con su sonido voluptuoso y sus rayos de luz que calientan el corazón, para producir en mi cabeza una impresión enérgica que suspende mis dolores. Entonces quise oro y todo me pareció bueno para adquirirlo. He logrado que cubriesen mis cuadros de oro los que querían comprarlos, y me he puesto a trabajar día y noche sin descanso para hacer muchos cuadros. Así es que soy rico, inmensamente rico. Nadie lo sabe aquí, porque me robarían. No, nadie lo sabe; pero tú lo sabrás, Luisa, y verás mis tesoros; iremos juntos al sitio donde están, y abrirás las puertas que hasta ahora he abierto yo solo, y contarás no uno, sino centenares de barriles de oro. ¡Ah! ¡ah! todos me suponen pobre aquí, porque llevo una ropilla vieja y trabajo como el último de los jornaleros. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ciento veinte barriles de oro. Luisa, ciento veinte barriles donde puedo bañar mis manos y mis brazos hasta el codo, y derramarlos a mis pies y ver correr arroyos de oro, que cantan una música ¡oh, Luisa! una música con la que no pueden compararse los mas armoniosos conciertos. ¡Qué felicidad es poder decir: todo esto es mío, exclusivamente mío! Otros hombres se matan y se venden en cuerpo y alma por tener con que comprar el lujo y los placeres; yo tengo con que comprarlos todos, con que satisfacer los caprichos de rey, y no los quiero. Prefiero guardar mi oro, Luisa, prefiero guardarlo.

—¿Me consideras como un insensato! si, soy un insensato, un loco, un egoísta; pero ¿tengo yo la culpa? A no ser por esa mujer que me ha destrozado el corazón y me ha hecho sufrir por espacio de veinte años todos los tormentos imaginables; a no ser por esa mujer a quien yo amaba con pasión, y había dicho: hazme feliz, no sería hoy lo que soy. Si no te hubiese dejado, Luisa, si hubieras seguido siempre a mi lado, sería todavía bueno y no me entregaría sin freno a una pasión monstruosa... Pero he sufrido y sufro tanto! Si pudieras saberlo, ¡oh! me compadecerías.

Luisa lloraba.

—Gracias por tus lágrimas, hermana mía, gracias; porque me hacen mucho bien y me consuelan. Hace mucho tiempo, que no revelaba a nadie, como acabo de hacerlo, mis padecimientos.

Rembrandt calló y no volvió a hablar en toda la noche.

A la mañana siguiente tomó Luisa la dirección de la casa de su hermano, y hasta la muerte del artista célebre se dedicó con un celo silencioso y desinteresado a los deberes domésticos mas penosos, sin que jamás exhalara una queja ni se arrepintiera de su obra, a pesar de la dureza de Rembrandt y de sus injusticias.

Así pasaron ocho años, sin desmentir un instante en todo este tiempo su paciencia ni la ternura que profesaba a su hermano. Como esas santas mujeres, iniciadas por Vicente de Paul en los misterios de una caridad sublime, y a las cuales no desaniman los gritos del enfermo, ni el aspecto horrible de sus llagas, la hermana de Rembrandt hallaba siempre un bálsamo para los dolores de su hermano y un consuelo para sus quejas. Mas ¡ay! no eran las llagas del cuerpo las que ella tenía que curar, sino los males del alma, mil veces mas espantosos. No importa; semejante al perro fiel, echado a los pies de su amo, y que tiene constantemente fijadas en él sus miradas, Luisa estaba a su lado, dispuesta a acudir en su auxilio y prestarle los servicios mas repugnantes, y no se alejaba ni por una palabra amarga, ni por un arrebatado de cólera.

—Pobre hermano, decía Luisa; ¡qué digno de lástima es, y cuán grande no debe ser su dolor, cuando me habla de esa manera!

Sin embargo, a pesar de aquellas extravagancias de carácter y de tan estraña misantropía, jamás el talento de

Rembrandt había sido mas sublime y admirable. «Creo, dice Descamps, hablando de las últimas obras del pintor flamenco, creo que hubiera inventado el arte si ya no lo hubiese sido; había formado ciertas reglas y adquirido una práctica segura del color, de su mezcla y de los efectos de sus diferentes tonos. Gustábanle mucho los grandes contrastes del claro-oscuro, y entre otras tentativas la que le produjo mejor resultado fué disponer su taller de modo que recibiera la luz por un agujero, como en la cámara oscura, hiriendo así sus rayos, a voluntad del artista, el sitio que quería alumbrar. Cuando por el contrario quería sus fondos claros, ponía detrás de su modelo un lienzo del color del fondo que juzgaba conveniente. Este lienzo participaba del mismo rayo que alumbraba la cabeza y marcaba sensiblemente la degradación que el pintor aumentaba según sus principios.

«Rembrandt bosquejaba sus retratos con precisión y una fuerza de colorido que le era particular; eran tan vigorosos sus toques y recargaba las luces de gruesos tan considerables que mas bien parecía haber querido modelar que pintar. Citase de él una cabeza en que la nariz eslababa casi tan saliente como la que copiaba del natural: esta manera de retratar no era del gusto de todo el mundo. Empero Rembrandt se cuidaba muy poco de esto, y un día dijo a uno que se acercaba demasiado para ver lo que pintaba, que no se hacían los cuadros para ser oídos, y que el olor de la pintura no era sano. Sus retratos eran de una semejanza perfecta, pues sabía coger el carácter de cada fisonomía. La naturaleza no era embellecida por él; pero imitaba con tanta verdad que sus cabezas parecían animarse y salirse del lienzo.

«La manera de pintar de Rembrandt es una especie de magia. Nadie ha conocido mejor que él los efectos de los diferentes colores entre si, colocando cada tono en su lugar con tal exactitud y armonía que no tenía precisión de mezclarlos y perder así su brillo y su frescura. Prefería empastarlos con algunos tonos que deslizaba artísticamente por encima para unir los pasos de las luces y las sombras y dulcificar los colores duros ó demasiado brillantes. Todo es calor en sus obras. Por una admirable combinación del claro oscuro ha sabido producir casi siempre los efectos mas brillantes en todos sus cuadros.

«Como grabador no sobresalió menos Rembrandt en los últimos años de su vida. Cada rasgo de su cincel era espiritual y representaba el toque de su pincel, pues era imposible obtener mejores efectos del claro oscuro. Una punta ligera trazaba sus contornos y cruzaba sus líneas; pero con tal gusto y facilidad que inducen á creer que hacia este trabajo de prisa y sin dificultad. Rembrandt no se parece á ningún grabador, pues unos se han distinguido por la finura de las rayas trazadas unas en pos de otras sin cruzarlas, y marcando las sombras por medio de toques fuertes; el mérito de los otros ha sido sombrear, duplicando y cuadruplicando distintamente las rayas cruzadas unas sobre otras. Los *Bloemert*, los *Andran*, los *Le Bas*, los *Cochin*, etc. esos excelentes maestros eclipsan á Rembrandt con la coordinación de sus líneas y por la limpieza de su buril. Rembrandt solo ha sabido prescindir de este trabajo, pues poseía el arte de empastar y graduar las tintas con la punta seca; proponiéndose solo conseguir un hermoso conjunto, y preciso es confesar que logró completamente su objeto.

«Rembrandt no quiso grabar nunca delante de nadie; su secreto era un tesoro y él era avaro. Jamás se ha adivinado como empezaba y concluía sus grabados.»

Entretanto las facultades de Rembrandt se debilitaban de día en día, y ya no salía de su cuarto. Pronto se

vió obligado á guardar cama, apoderándose de él un pesar profundo que redobló durante ocho dias su taciturnidad; al cabo de este término, una noche en que su hermana dormía en un sillón, cerca de su lecho, la llamó con voz mas dulce que de costumbre. Luisa se levantó al punto y se aproximó para ver lo que quería.

—Hermana, la dijo, voy á morir en breve; pero quisiera pedirte una gracia, no me la niegues.

—¿Cual, hermano mio?

—No me la niegues si no quieres que me desespere. Levanta la trampa que hay al lado de mi cama, porque quiero ver por última vez mi tesoro.

Luisa hizo lo que deseaba el enfermo. Cuando estuvo abierta la trampa, cuando la luz de la lámpara reflejó en el fondo de la cueva é hizo brillar las monedas de oro de mil maneras diferentes, se iluminó el rostro de Rembrandt y sus ojos se llenaron de lágrimas; estendió las manos y balbuceó palabras ininteligibles. Una madre que va á separarse de sus hijos no diría palabras mas tiernas y cariñosas.

—Adios, murmuraba con voz desfallecida, adios, mi vida y mi alma! Adios para siempre, adios! Oh! ¿Conque es preciso abandonaros, perderos y renunciar eternamente á vuestra posesion?... Luisa, quiero que me entierren alli. No dirás á nadie que he muerto, ni que estan alli todos mis tesoros,... ni á mi hijo, porque es un ingrato que me olvida en sus viages! Es un pródigo que los disiparía. Haz lo que te pide tu hermano en el lecho de la muerte, Luisa y te bendeciré y pediré por ti en el cielo.

Y lloraba y sollozaba y queria levantarse para ir á ver su tesoro: jamás hubo dolor mas expresivo, ni desesperacion mas aterradora.

Un largo desmayo siguió á esta escena tan estraña; mas cuando Rembrandt volvió en sí, se habia verificado un cambio inexplicable en todas sus facciones: brillaba su rostro con una magestad solemne; la muerte en aquel instante supremo, habia ya desembarazado el alma del artista de todo fango terrestre, y la hacia aparecer en su grandeza sublime.

—Luisa; dijo, mis ojos se abren á una luz celestial y nueva, que yo habia adivinado muchas veces en los pensamientos misteriosos de mi corazon, y hacia la cual tendían todos mis deseos. Ella colma el vacío perpetuo que me hacia sufrir tanto; ella me inunda de una plenitud de felicidad de que estaba sediento, y que nada podia darme en este mundo. La vida y sus miserias, las pasiones humanas, todo esto queda á mis pies, pequeño, mezquino é impotente como las cadenas rotas de un esclavo.... Porque Dios y la eternidad están alli delante de mi; porque un rayo celeste envuelve mi cabeza con una aureola que ya he llevado, donde y cuando, no lo sé. Los ángeles me llaman y gritan: «Hermano!» Oh! déjame que vaya á unirme con ellos, y pediré á Dios que me sigas pronto... Angeles, hermanos míos, ya estoy dispuesto: me vuelvo al cielo.

Cayó su cuerpo sobre la cama y Luisa no sostenia ya mas que la mano de un cadáver.

Dos meses despues, Luisa, la octogenaria Luisa, luego que entregó al hijo de Rembrandt, que habia regresado de Italia, la herencia de su padre, emprendió el viage de Leiden para ver á su hermana Teresa que se hallaba enferma y á la cual no habia vuelto á ver mas que dos veces en el discurso de diez años, porque decia para sí: Teresa está casada y no le hago falta, al paso que si dejó á mi pobre hermano solamente un mes, sabe Dios lo que será de él.

Sus fuerzas engañaron esta vez á su valor, pues murió en el camino.

CAPITULO X Y ULTIMO.

FIN.

A unas doce leguas de Amsterdam, en el camino de Leiden, se ven las ruinas de una iglesia que las guerras y las revoluciones han medio destruido y de la cual solo quedan en pie el campanario y las tapias del cementerio. En una de ellas hay un epitafio en mármol negro, sobre el que se lee la inscripcion siguiente.

AQUI YACE

LUISA GERRET.

MURIÓ A LA EDAD DE NOVENTA Y TRES AÑOS EN ESTE PUEBLO POR DONDE TRANSITABA.

RECIBIÓ LOS SACRAMENTOS DE NUESTRA MADRE LA SANTA IGLESIA.

UN DE PROFUNDIS.

S. V. P.

POR EL DESCANSO DE SU ALMA.

REQUIESCAT IN PACE.

Una bala de fusil, disparada sin duda en las últimas guerras de Holanda, rompió la piedra tumular, sin interrumpir por eso la leyenda que acabamos de copiar.

Pocos curiosos visitan aquellas ruinas y ninguno de los que por casualidad pasan por delante de ellas sospecha hasta que punto llegaron el desinterés y la ternura de la muger desconocida, cuyos restos encierra quella sencilla lápida sepulcral.

¿Qué importa este olvido de los hombres?

Está escrito en el libro divino:

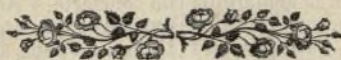
Los que han sostenido y consolado en la tierra, serán sostenidos y consolados en el cielo.

Bienaventurados los pobres de espiritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

ENRIQUE BERTHOUD.



GLORIAS DE ESPAÑA.

EL CONDE TEODOMIRO.

I.

Vencida y derrotada en Guadalete la antigua monarquía de los godos, dispersos los restos del ejército congregado por el rey don Rodrigo, y muerto este infeliz monarca, pudieron los árabes invasores penetrar en lo interior de la península, cruzando entonces rápidamente aquellas provincias tan fértiles de Andalucía en las que se habían de fijar en otro tiempo. El victorioso ejército de Tarif, llevándolo todo á sangre y fuego, se apoderó de Ecija y de Málaga, sorprendió á Córdoba, donde en vano se defendieron los godos en la catedral, y como un destructor torrente, incendiando y saqueando las poblaciones y dando muerte á sus defensores, ocupó todo el país hasta Toledo. La célebre corte de los godos fué también avasallada por los árabes y gracias que á su misma nombradía debió una capitulación ventajosa y el ser tratada con cierta magnanimidad.

Envidioso Muza de el glorioso renombre que la conquista de España ofrecía á su subalterno Tarif, pasó también el estrecho para tomar parte en las glorias y peligros de la conquista, siendo el resultado de su expedición apoderarse de Sevilla y de Carmona y rendir á Mérida, fortísima ciudad en la que así como en Toledo se encontraron preciosos tesoros y se hicieron prisioneras personas de tanto valer como la triste Egilona, viuda de don Rodrigo, y también otros entre los principales señores de la nobleza goda. Solo de este modo llamado Muza á Damasco para dar cuenta de su expedición y guerreras empresas, pudo ostentar ante los codiciosos ojos del califa, bellísimas y numerosas cautivas cristianas y riquezas inauditas, entre las que figuraban la gran mesa de esmeralda y las veinte y cinco coronas de oro y piedras preciosas que depositadas en Toledo por haber pertenecido á diferentes príncipes de la monarquía, vinieron al fin á caer en manos de los árabes.

Muza mucho antes de partir á Damasco, ya había asociado á sus conquistas á su hijo Abdalasis, que con tropas de refuerzo había pasado á reunirsele desde Africa después del sitio de Mérida. Abdalasis quedó con mando en un cuerpo de tropas suficiente para ir, separado ya de su padre, á proseguir y terminar la conquista de la España, á cuya ruina general contribuían por otras partes los temidos ejércitos de Muza y de Tarif.

En medio, pues, de aquella lucha general y cuando mas perdida parecía la nacionalidad española, hubo un hombre que no concibió como el inclito Pelayo el proyecto de reconquistar el país y restablecer la monarquía cosa superior á su esperanza, pero trató, supuesto que perecer era forzoso, de morir con gloria haciendo á los infieles mas costosa su conquista; y este hombre fué EL CONDE TEODOMIRO.

Era este esclarecido conde uno de aquellos pocos varones que en medio de la corrupción general, habían conservado el sentimiento religioso en toda su pureza, así como el amor á la independencia. Había podido preservarse del vicioso contagio de la corte de Rodrigo vi- viendo lejos de ella, como gobernador que era de la pro-

vincia de Gibraltar, y había sido el primero que había dado el grito de alarma y de traición en España, oponiéndose, aunque infructuosamente, al desembarco de los árabes. En las sangrientas jornadas de Guadalete, Teodomiro había peleado con tanto valor como entusiasmo y fué el único que con restos del numeroso ejército derrotado en aquella funesta batalla, se atrevió á resistir á los victoriosos infieles. Retirose hacia la parte de Murcia y en desfiladeros y emboscadas pudo sostener por algún tiempo el choque del poderoso enemigo, hasta que cerca de Auriola (Orihuela) que era ya su último refugio, tuvo que presentar la batalla en campo abierto.

Llegado el momento supremo del peligro, el conde Teodomiro ordena su hueste, la anima á la pelea con sus palabras y enciende á sus nobles en la resolución de vencer ó de morir como valientes; pero todo es en vano: las fuerzas de los godos, como tristemente se vió en la batalla de Guadalete, estaban debilitadas por una larga paz y los restos de su ejército que acaudillaba el valiente Teodomiro, eran ya incapaces de contrarrestar el ímpetu de los guerreros de Oriente á quienes iba haciendo cada vez mas formidables el rumor de sus victorias. El ejército del conde fué vencido, los pocos nobles que habían acudido á pelear bajo su bandera allí perecieron, y solo pudo el conde reunir y contener á algunos dispersos que en la mayor consternación corrieron á guarecerse detrás de los muros de Auriola.

II.

Deseosos de poner fin á la conquista de la España apoderándose de aquella plaza, único estorbo para su completo triunfo en toda la península, se presentaron los árabes mandados por el mismo Abdalasis delante de Auriola. Seguros del triunfo y sin imaginar resistencia quedaron altamente sorprendidos al ver que la ciudad les cerraba las puertas, y mas todavía cuando vieron que la muralla se coronaba de improvisados defensores. Nadie sabía cómo ni por donde allí habían llegado, ni que refuerzo casi milagroso había el fugitivo conde podido recibir; pero el hecho era indudable y veíanse relumbrar los cascos y lanzas de los soldados en lo alto de la muralla y aun distinguíanse los barbudos rostros de aquellos denodados defensores.

Siendo indispensable proceder con la mayor cautela, Abdalasis en lugar de atacar, se limitó á establecer el cerco de Auriola con toda precaución, y sin que hubiese terminado sus disposiciones llegó la noche de aquel día. Durante ella un mensajero que llegaba de la sitiada ciudad pidió ser admitido á su presencia para tratar de concierto, y Abdalasis que creía eran muchos los defensores y que ansiaba allanar cuanto antes aquel obstáculo, no pudo menos de recibirle gustoso.

La arrogante estatura y magestuoso aspecto del mensajero y su abundante cabellera á la usanza goda revelaban en él una persona de toda distinción. Con una maravillosa presencia de ánimo que alejaba de él toda muestra de turbación al verse solo en medio de un ejército contrario y en presencia de Abdalasis, dijo á este resueltamente:

—Los moradores de Auriola, por preparados que es-

tén á la defensa, y resueltos á morir en ella, me envían. sin embargo, á ti, para saber si podrán obtener un concierto que les sea favorable antes de adoptar una resolución extrema. Quieren saber si es fundada la fama de moderación y de talento que precede al ilustre Abdalasis.

Avinose éste desde luego á fijar las condiciones de un trato que resultó en efecto el mas favorable á los habitantes de Auriola, atendido el estado en que entonces se encontraba la España, y la suerte que habian sufrido otras ciudades conquistadas. Sin mas obligacion que la de un tributo anual, casi todo satisfecho en fru-

tos del pais, consiguieron los moradores de Auriola y su comarca, no ser molestados por su religion, ni ver quemadas sus iglesias cristianas: que no fuesen hechos cautivos ni los niños, ni las mugeres; que no hubiese guerra continua con los árabes, obligados á respetar aquel pequeño territorio exento, y por último, que el conde Teodomiro, hasta pudiese conservar el mando de los soldados que le fuesen fieles.

Concluidas que fueron las estipulaciones, se levantó el desconocido mensajero, esclamando gozoso:

—Mucho he conseguido.... mas de lo que pudiera



TEODOMIRO Y ABDALASIS.

desear. Ahora me retiro para disponer que al romper del alba te sean abiertas las puertas de la ciudad.

—¡Oh! mucho lo deseo, contestó Abdalasis, y no tanto por allanar este obstáculo, como por conocer y tratar de cerca á un hombre que causa toda mi admiración.

—¿A quién?

—Al conde Tadmír, á ese guerrero, el único que se ha atrevido á resistir á las victoriosas armas de Muza y de Tarif.

—Antes que luzca el nuevo día, puedes lograr ese deseo, generoso Abdalasis; pues ese á quien tu llamas Tadmír, bien cerca de ti está.

—¿Cómo!.... ¿Qué me quieres decir?

—Que.... yo soy el conde Teodomiro.

Atónito el árabe con tan imprevista revelación, mi-

raba al conde con ojos asombrados, y este continuó diciendo:

—Si, valeroso Abdalasis; yo no he querido fiar á otra persona el cuidado de obtener las mas favorables condiciones para los pocos que aun me permanecen fieles, y en cuanto á la revelación que te hago, sé muy bien quien es Abdalasis, y nada tengo que temer ni por mi persona, ni por el resultado de mi empresa.

Nada efectivamente tuvo que temer, ni se le ocurrió siquiera á Abdalasis sacar partido de aquella posición, retractando lo mas mínimo de cuanto habia estipulado. No bien recobrado de su sorpresa, y apreciando con magnanimidad todo el valor y presencia de espíritu del conde, pagado sobre todo de su noble confianza, le estrechó cariñosamente entre sus brazos y le dijo:

—Por el grande Alá te juro, que eres el hombre mas digno que conozco en España.

III.

Altamente admirado quedó el general enemigo Abdalasis, cuando habiendo entrado á la mañana siguiente, conforme estaba prometido, en la ciudad de Auriola, no vió por ninguna parte mas hombres que los pocos que formaban la escolta que acompañaba á el conde. La ciudad estaba desierta y silenciosa, las casas como abandonadas; y á los curiosos ojos de Abdalasis solo se presentaron por aquí y acullá algunos ancianos y niños de ambos sexos. Así llegaron á un punto de la muralla desde el que se descubria á la vez la ciudad y la campiña, y por todas partes la misma soledad y silencio. Ya no pudo el árabe contener su curiosidad, y maravillado dijo al conde:

—¿Las mugeres de este pueblo, á donde han ido? Los numerosos guerreros que guarnecian la muralla donde están?

—Ambas cosas verás á la vez, le dijo el conde, y al revolver de un torreón, presentó á Abdalasis una lucida falange de gente armada, en la que el árabe reconoció al instante á los guerreros que habia distinguido desde el campamento.

—He aquí, exclamó Teodomiro, como las mugeres de Auriola sostienen el puesto que sus padres ó sus esposos les confian!

El caudillo árabe, sin dar crédito á lo que oye, se acerca mas y mas, y no hay duda, en aquellos guerreros reconoce á las nobles matronas de Auriola, y bajo los cascos y almetes, descubre las facciones de bellísimas jovencitas que sostienen con gravedad y constancia el peso del hierro de sus lucientes armaduras.

Conociendo que le era imposible el sostenerse en Auriola despues de su derrota, y sin la mas remota esperanza de conseguir auxilio, habia el conde Teodomiro ideado la estratagema, sugerida por la misma desesperación, de hacer que todas las mugeres que habia en la ciudad, vistiendo las pesadas armaduras y empuñando las lanzas y escudos, se colocasen en los distintos puntos de la muralla, para que tenidas por hombres por el enemigo, creyese éste que eran en mayor nú-

mero los defensores de la plaza, y por lo mismo obtuviese esta mejores condiciones antes de rendirse, lo que era de todo punto inevitable. La idea habia sido acogida hasta con entusiasmo por aquellas valerosas mugeres, para quienes la salvación de la ciudad era cuestión de honra y de vida. Todas habian sostenido sus puestos con aire marcial, y muchas habian dispuesto con tal acierto sus cabellos de ébano, cruzándolos por debajo de la barba, que imitaban perfectamente, y mas vistas desde lejos, la negra cabellera y poblada barba de los godos. La estratagema ingeniosa habia surtido el mas completo efecto, y Abdalasis deslumbrado por las apariencias, habia suscrito á condiciones, que ni remotamente hubiera aceptado, sabedor de la apurada situación en que los sitiados se encontraban. Entonces lo conocia todo y sin embargo estaba muy distante de manifestar resentimiento, antes al contrario, enmudecia á vista de la bizarria de aquellas matronas, contribuyendo tambien su hermosura á hacerlas mas interesantes á los ojos del árabe para quien dicha cualidad era la única que estaba acostumbrado á admirar en las mugeres. Notando el conde Teodomiro su silencio, le dijo:

—No creas que ha sido este un vano alarde. Dispuestas estaban á combatir á nuestro lado y á morir defendiendo sus vidas tan caramente como nosotros.

—Lo creo, contestó Abdalasis, son dignas esposas de tales esposos!

De este modo hasta el mismo enemigo tributó á aquellas mugeres el elogio que merecian su valor y patriotismo, y á ellas se debió la conservación de aquel último asilo de los restos de la monarquía de los godos. El terreno de Auriola y su comarca constituyó una especie de principado exento, bien que tributario, conocido por los árabes con el nombre de *tierra de Tadmír*. Los árabes jamás se atrevieron, ni aun despues de la catástrofe de Abdalasis, á violar la integridad de este territorio que les era tributario. Siempre fueron fieles á las cláusulas del tratado, ya por respeto á su palabra, ó al conde Teodomiro, y el mayor elogio que de este varón ilustre puede hacerse, es que mientras él vivió, solo y en el centro de implacables enemigos, su pequeño reino siempre se mantuvo cristiano é independiente.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

DIEGO GARCIA DE PAREDES.

Nació en Trujillo el año de 1466. Fueron sus padres Sancho Jimenez de Paredes y doña Juana de Torres, oriundo aquel de los Delgadillos de Valladolid, y esta de la casa de Avellaneda de los condes de Castrillo. Desde sus primeros años, mostró su afición á la carrera de las armas, y con el fin de ejercitarse en ella, pasó á Italia y entró al servicio del papa Alejandro VI.

Brevísimos seríamos al hablar de este personage, si para hacerlo hubiésemos consultado las pocas noticias de sus hechos que hasta el día han estado al alcance del investigador. La memoria de las hazañas de Diego García de Paredes, que en su tiempo asombraron al mundo, se puede decir que ha llegado á nosotros tradicionalmente, pues raras son las que se hallan

consignadas en los escritos de la época; lo cierto es que por su extraordinaria fuerza fué llamado el Sansón de Estremadura, y por sus conocimientos en el arte de la guerra, ascendió á coronel, pocos años despues de haber abrazado la carrera de las armas. Cuéntanse mil anécdotas de Paredes. Antes de salir de Trujillo, siendo todavía muy joven, fué á misa con su madre; cuando se retiraban, quiso ésta volver á tomar agua bendita que se le habia olvidado. García la hizo esperar, diciendo que él iria á traerla, y á poco se presentó á su madre trayendo en brazos la pila del agua bendita.—Hallábase una noche en amoroso coloquio con su dama, y como le molestase la reja que los separaba, arrancóla de golpe de un solo tirón, y siguió su plática como si tal cosa hubiese hecho. Mostróse disgustada la dama, pues decia que en amaneciendo se habia de divulgar en menoscabo de su honor; entonces García de Paredes arrancó todas las rejas de la calle. Estós hechos, que á

primera vista parecen fabulosos, adquieren muchos grados de certeza al leer las hazañas que despues en la guerra ejecutó este héroe. Nosotros, que deseábamos aclarar la verdad, no hemos perdonado medio alguno para conseguirlo, y la suerte coronó nuestros deseos, poniendo en nuestras manos un escrito, dictado por el mismo personaje, y de puño y letra de su hijo, que tambien se distinguió en la guerra. Este documento es indudablemente la mejor, la mas fidedigna historia que de Garcia de Paredes pudiéramos ofrecer á nuestros lectores: escrita sin pretensiones de ningún género, no por eso carece de interes y hasta de cierta elegancia; por eso hemos querido insertarla integra, seguros de que hacemos un servicio á todos los amantes de la verdad y de nuestras pasadas glorias y grandezas. Dice así:

«Sumario de las cosas que acontecieron á Diego Garcia de Paredes, y de lo que hizo, escrito por él mismo cuando estaba enfermo del mal que murió.»

«En el año de mil é quinientos é siete, ovo una diferencia con Rui Sanchez de Vargas, sobre un caballo que yo le tenia para venir en Italia; vino tras mí Rui Sanchez con tres de acaballo por mele quitar, y dímonos tantas cuchilladas, hasta que cayó Rui Sanchez, y luego sus escuderos me acometieron de tal manera, que me ví en aprieto; pero al fin los descalabré á todos y seguí mi camino.

«En el mismo año, llegué á Roma con gran necesidad, y yo y mi hermano Alvaro de Paredes, en la cual ciudad no hallamos quien nos diese de comer por la falta de la guerra, que no habia, y estando pensando cómo se podría salir de tal fatiga, acordamos de asenitar con el papa por alabarderos de su guardia, queriendo mas poner los cuerpos á la servidumbre, que darnos á conocer al cardenal de Santa Cruz don Bernardino de Carvajal, cuyos primos éramos. Pasando algunos meses en esta vida con otros españoles amigos, cuyos nombres son: Juan de Urbina, Juan de Vargas Pizarro, Zamudio y Villalba, y pasando todos juntos, nos tocó la guardia de la puerta, donde estábamos tirando la barra unos con otros, de lo cual el papa se holgaba. Llegaron unos caballeros á tirar, y entre ellos habia uno que se tenia por gran tirador, y este dijo á mi hermano si habia quien tirase cien ducados, que él se los tiraria; fuéle respondido que sí; éste se desnudó y puso los cien ducados y demandó el tirador que habia de tirar: yo tomé la barra no teniendo los ducados, y quise tirar por gentileza, y este enojado de mí dijo que me fuese á tirar con otros como yo, que no era su honra tirar conmigo; yo le dije que mentía, y sus compañeros y criados echaron mano á las espadas, y yo á la barra que en las manos tenia, y con ellos nos defendimos con su daño, que matamos cinco dellos, y mas de diez heridos; por donde se revolvió la corte de tal suerte, que mandó el papa que se prendiesen los romanos por el poco respeto que tuvieron, y así fué hecho y á nosotros dados por libres.

«En el mes de marzo se vinieron mis compañeros y yo mas necesitados que nunca, y andábamos tan alcanzados con el poco partido que encontrábamos, que determiné de darme á conocer al cardenal por salir de tal caso, y así lo hice, que fué provecho de todos, que no pasando abril y mayo, se revolvió Montefrascon y otra tierra que confina con tierra del Próspero Colona. Para la cual cosa se hicieron seis banderas, cuatro de infanteria y dos de caballos, y allí me dieron la primera compañía que tuve.

«Fue mi alférez Juan de Urbina, mi hermano sargento, Pizarro, Villalba y Zamudio cabos de escuadra. Fué general de esta gente un sobrino del papa: hicimos el viage caminando de noche por no ser sentidos, y llegamos á la media noche al burgo de la tierra; buscamos

escalas, palancas, vaivenes y otras cosas convenientes, y tomé cuerdas que bastaban á la muralla, y atados dos leños á los cabos y con picas, los atravesé en las almenas por donde subí tan paso, que no fui sentido, y el general ordenó saltar la tierra de la otra parte, mas con ruido que con obras porque cargase la gente allí, y yo hice subir mis compañeros por las sogas y mataron las centinelas de la muralla, y bajaron á la guardia mis compañeros y pelearon con ella: yo fui á la puerta y así del cerrojo que estaba con llave y arranqué las armellas, y abrí la puerta por donde entraron los nuestros, y fuimos á la plaza do se recogieron para pelear los enemigos. Eran por todos ocho banderas de infanteria, fueron rompidas y la tierra saqueada, y la otra tierra se rindió de miedo.

«De allí se despidió la gente, salvo mi compañía, que vueltos á Roma, me metieron en Sant Angel y estuve allí todo el año hasta la guerra del papa, y el duque de Urbino, que favoreció el Gran Capitan por mandado de el emperador Maximiliano, por la liga que se hizo contra él, salimos en compañía siendo yo de guardia: los enemigos me acometieron por dos partes. Dímonos tan buena maña con ellos, que se perdieron los mas muertos y heridos, y porque peleando con ellos dije *España*, fui reprendido del capitan Cesareo Romano, diciendo que yo era traidor; yo le desmenti y fué necesidad de combatir con él, y dióme Dios victoria, que le corté la cabeza, no queriendo entenderle que se rendia. Sabido por el papa mandóme quitar la compañía y que me prendiesen, y así se hizo, que yo fui preso en la tienda del general, y guardábanme ocho soldados y á media noche me aventuré á salvarme, tomando de la guardia una alabarda, y con ella maté á la centinela, y salí fuera, y la guardia tras mí hasta la guardia del campo, y allí reparé por la mucha gente que venia, y el capitan alborotado detuvo la gente con mano armada, no sabiendo que fuese; yo salí á la centinela, demandóme el nombre, como no se lo sabia dar acometióme y yo le maté, y salí fuera del fuerte y fuime al campo del duque, do fui bien recibido, aunque la noche pasada habia hecho daño en ellos. Fui llevado á la tienda del duque, el cual mostró conmigo mucho placer y dióme una compañía de arcabuceros de un capitan que fué muerto la noche pasada, y ofrecióme mas merced, y estando de día en día para dar la batalla, supliqué al duque nos llegásemos mas, y así lo hizo que pasamos el río por barcas y entramos en una isleta y allí nos aislamos. Porque los enemigos supieron que venian de socorro y eran venecianos, y tomaron las barcas, y por la otra parte el campo del papa nos tomó una puente que estaba al otro brazo del río, de que hubimos temor de hambre; y como yo fui la causa deste cerco procuré el remedio, porque no habia vitualla para dos dias, y dije al duque que queria probar ventura, y tomé un caballo en calzas y en camisa y hice esplanar la punta de arriba do se partian los brazos del río, y con una lanza entré en el río entre las dos aguas, y quisíme Dios tan bien que tentando hallé vado, aunque alta la salida y fué menester aitanalla, y tornando al duque demandé quinientos caballos y quinientos arcabuceros, y tomados á las ancas con los trompetas y atambores del campo me partí diciendo al duque reposase hasta una hora antes del día y á aquella hora se pusiese cerca de la puente que yo queria romper los enemigos y tomalles la artilleria, y así fué que pasados de la otra parte el duque les tocó arma toda la noche, y estando de vela y cansados mandaron por una carta á los venecianos que pasasen el río, la cual yo tomé y venida la hora puse en cinco partes la gente y comencé á destemplantar las cajas de los atambores, y los enemigos pensaron que fuesen venecianos, y así pude llegar sin alboroto al campo al cual acometimos todos á un tiempo entrando por él matando y quemando, de tal suerte que

no era bien de día cuando eran rotos sin saber quien los rompía, y tomé el artillería haciendo volver las bocas hacia ellos y salido el duque acabamos la jornada de reposamos cuatro horas y tuvimos modo de enviar la carta á los venecianos y que pasasen el río, y así lo hicieron y pasaron todos que eran seis mil y yo fui con dos mil escopeteros á un soto donde los puse secretos, y el duque vino como á recebillos, y ellos no sabiendo cosa de lo pasado, salvo el ruido del artillería, pasaron sin sospecha y queriendo ponerse en orden, les acometi con la escopetería y murieron mas de dos mil, y los otros presos y ahogados fenescieron. Estas dos batallas por la voluntad de Dios ganamos en aquel día, con que el duque cobró lo que tenía perdido y sosegó su estado.

«De allí fuimos al campo de Próspero Colona, y el Gran Capitan me recibió muy bien y el Próspero me llevó consigo y me dió una compañía de caballos y dos de escopeteros, y fui coronel de esta gente. Sucedió la guerra del rey de Francia por la parte del reino de Nápoles, fuese á dar la batalla de Revena do la perdimos por la mucha gente, que eran sesenta mil y nosotros quince mil; pero quedaron tan poco como nosotros éramos, escaparon dos mil y quinientos españoles y recogimos al duque de Urbino y rehízose el campo y fuimos tras los enemigos y alcanzámoslos en el Serrarés. Venecianos tomaron con socorro y el papa tambien. El duque de Ferrara en favor de Francia, duró la guerra algunos días, escaramuzeando unos con otros, iba nuestro bagage de sacomano en los enemigos, los cuales siendo avisados hicieron una emboscada de dos mil hombres, y fui por escolta con mis tres banderas, dos de escopeteros y una de caballos do se hizo el sacomano. Dejé la infantería é yo pasé adelante con los caballos; fui acometido dellos y tomáronme el paso. Fué forzado pelear y romper por medio, lo cual se hizo á su pesar. Pasados dellos, salió la escopetería en nuestro socorro y tomáronnos en medio y peleamos tanto los unos con los otros que de los míos quedaron doscientos vivos é de los suyos cuatrocientos; todos los otros murieron y á mi me prendieron con tres heridas de escopeta y mi caballo muerto. Tomáronme cuatro hombres darmas y llevándome preso á pie, topamos una puente sin bordes, y allí me abracé con ellos, que me llevaban asido, y abrazados así me dejé caer de la puente abajo y ellos se ahogaron y yo escapé por buen nadador y voluntad de Dios, que si me lleváran al campo me dieran mil muertes; y así volví á nuestro campo armado de todas armas, á pie y mojado y seis millas de camino; con todo fui bien recibido del Próspero. Los enemigos tomaron tanto miedo desta vez que pidieron treguas por dos meses. El coronel Palomino se dejó decir que había yo ganado poca honra con los enemigos, pues perdi mi gente, y que fué mas la saña que la valentía: yo le envié un cartel diciendo que yo había hecho mas aquel día que él haría toda su vida, él respondió feamente por donde convino combatir. Fué mi padrino Juan de Somado, maestro de campo; fué suyo Perucho de Garro; fueron señores del campo el Próspero y el Gran Capitan; combatimos con espada sola, en calzas y en camisa. Dióme una cuchillada en el brazo izquierdo desde el codo hasta la uña del dedo pulgar; dile yo otra á él que le corté el brazo de la guarnicion y la mano; arremeti á tomalle con la mano izquierda y dile otra en el muslo que di con él en el suelo. Quise cortalle la cabeza, pidiómele el Gran Capitan por hombre muerto y yo se le di.

«Cumplida la tregua de la guerra hubo concierto entre los campos con mandado de los reyes que combatiesen doce por doce. Vino á efecto. Por una parte fueron estos: el coronel Villalba, el coronel Aldana, el coronel Pizarro, el coronel Santa Cruz, el capitan Juan de Harro, el capitan Juan de Gomado, el capitan Alvarado, dos capitanes de gente darmas, dos italianos y yo. Quiso

Dios mostrar su justicia, que fueron muertos. Sobre este combate se revolvió un capitan francés conmigo porque yo le había muerto dos hermanos. A los dos dias combatimos con porras de hierro en medio de dos campos, rodeados de hombres darmas. Viendo el francés la pesadumbre de la porra, echó la suya en el campo no pudiéndola menear y puso mano al estoque, y vino á mí pensando que yo no podría alzar la porra, y dióme una estocada por la escarcela del arnés y hirióme, y yo le di con la porra en la cabeza y le hundi el almete en ella y murió. Por estas cuatro cosas que me acaecieron casi juntas me vinieron muchos reveses, así de amigos como de enemigos, que por espacio de dos meses combati otras tres veces y quiso Dios darme victoria por la razon que tenía. Desde á pocos dias fué la batalla de Vicencia y la ganamos, aunque pensaron tenernos en la red.

«De hay fui á España con el Gran Capitan que fué á dar cuenta de los hechos, y alcanzó al rey por cient mill ducados, y estando un día en la sala del rey muchos caballeros entre ellos hubo dos que dijeron que el Gran Capitan no daba buena cuenta de sí. Yo respondí alto que lo oyó el rey, que cualquier que dijese que el Gran Capitan no era el mejor criado suyo y de mejores obras, que tomase un guante que yo le puse en la mesa. El rey me lo volvió, que no lo tomó naide, y dijo el rey, que fuera verdad lo que yo decia, y de allí adelante el Gran Capitan estuvo bien conmigo, que él hasta allí, no me podía ver porque no serví á Próspero. De allí me fui á mi tierra por Coria, llegué tarde con solo un page que á mí casa no pude andar tanto, y hallé en la posada dos rufianes y dos mugeres de mal vivir, y unos bulderos que querian cenar, y como vestido de pardillo me vieses y con un papahigo, pensaron que era merchan de puercos y comenzáronme á preguntar que á dónde iba, y si iba á comprar puercos, que allí los había buenos; y no respondiendo, pensaron que era judío y sordo y llegó uno de los rufianes á tirarme del papahigo, diciendo que si era sordo. Yo estuve quedo por ver que haria, mas un buldero que parecia hombre de bien, le dijo quedito que no se burlase conmigo, que no sabia quien era, y que se me parecían armas debajo del sayo. Estos rufianes, llegaron á mí por ver las armas, desde me vieron armado, los judíos no hicieron mas escarnio, las mugercillas decian si había escapado del sepulcro huyendo; en esto llegó mi gente, que traía de Italia veinte y cinco arcabuceros, y envié el page á ellos que no dijese quien yo era, é hiciesen que no me conocieran, por ver en que paraba la fiesta; y tornados al tema vino uno de ellos, y tiróme del papahigo queriendo que le mostrase las armas, que eran doradas, y aun me dijeron si las había hurtado. Un cabo descuadrado, no lo pudiendo ya sufrir, quiso poner mano á la espada, yo me levanté y tomé un banco en que estaba sentado, y comencé por el rufian y las mugercillas, y abrí la cabeza al rufian, y eché las mugeres y los bulderos en el fuego; una muger cayó debajo, y murió; los otros, quemadas las caras y las manos, salieron dando voces á la justicia, y el mesonero con ellos. Nosotros nos sentamos á cenar su cena, hasta que todo el pueblo se juntó á la puerta, y vino un alcalde á quebrar la puerta, yo le hice abrir, y entrando de golpe los porquerones, yo que tenía la tranca de la puerta en las manos, derroqué dos ó tres dellos, y no osaron entrar mas, y de fuera me requerian que me diera á prision, sino que me quemarian la casa, y en fin vino el obispo que era mi deudo, y asesegóse todo. Desde á poco tiempo se me mandó ir á Navarra; fui coronel de nueve banderas; tomamos á Moya, un castillo fuerte; fuimos á Pamplona, dimos la batalla, perdiéronla los franceses, fuimos á Fuenterrabia, tomámosla por hambre. Despidióse la gente que no fué menester, subcedieron las

comunidades. Pararon en lo que sabemos. Volvimos luego á Navarra con el príncipe Dorante y el condestable, tomamos de franceses á Vidalia, Monleon, Vesola, y á Salvatierra. De allí fuimos á Tariz, y fué quemada por los alemanes y saqueada, mas del vino que bebieron se pararon tales, que los enemigos les tomaron toda el artillería que llevaban, y yo iba de retaguardia con mis escopeteros, y atravesé un monte y toméles un paso á los que iban con la presa, que eran por todos cinco mil: tomélos descuidados, rompimoslos é quitámosles el artillería y matamos mill dellos y prendiéronse muchos, y de ahí fuimos á Fuenterrabía y rindióse; fué despedida la gente que no fué menester: quedó Gutierre, Quijada y yo cada uno con su coronelia. Vino campo de franceses, tomamos el castillo de Treavia, que era el paso, defendimosle, tornáronse todos salvo cinco mil esguizaros escogidos entre doce mil. Despidióse nuestra gente, quedaron seiscientos españoles. Vinieron los esguizaros contra ellos por una montaña arriba tan derecha que subían asiéndose con las manos por degollarlos. Cuando fueron en lo alto arremetimos con ellos, rompimoslos; vinieron á morir despeñados por nuestras manos y ahogados en un río mas de cuatro mil, y los otros fueron presos y llevados á los gobernadores de España á Vitoria. Luego vino S. M. de Flandes, fui yo á besarle las manos; hizo cortes, fué luego á Italia á Bolonia. Coronóse, fuimos luego á Hungría, retiróse el turco, tomamos á Italia y llegados al Friul una jornada atrás me quedé en una casa en la campaña por ser tarde, á una milla del campo. Iban conmigo unos criados del emperador con sus mugeres, con sus carros de pan y seis criados míos, y mi hijo Sancho de Paredes. A media noche sentí ruido al derredor de la casa. Levantéme de un banco en que estaba armado, he hice armar mis criados, y escuchando por una ventana vino una lengua que yo tenía y dijo: señor quemar nos quieera la casa,

y el dueño no lo consiente y ellos dicen que se la pagarán. Yo por no ser quemado salí fuera, y en saliendo diéronme cuatro escopetazos; quiso Dios que todos me hicieron poco mal y tomaronnos en medio á todos, y con alabardas y piedras comenzaron á pelear. Diéronnos tanta pedrada que nos descalabraron á todos, y coavinonos retirar las espaldas á la casa, y allí nos defendimos lo mejor que se pudo, hasta que un soldado que se quedó escapó aquella noche huyendo y fué nuestra salvación, que fué al campo ya que era de día, diciendo que mataban á Diego García de Paredes. Volvieron en nuestro socorro el alférez Diego de Avila con cincuenta arcabuceros todos á caballo, y si tardaran mas todos éramos despedazados, por que estábamos todos mal heridos y yo de rodillas en tierra entre algunos suyos muertos, do no me podían herir en las piernas, y así llegó el socorro y matamos tantos que escaparon pocos de mas de cien hombres que eran; yo prometo á Dios que fui el hombre mas cruel que nunca fui, porque maté mas de diez dellos. Mataron ellos un criado del emperador y á su muger, y diéronme á mi seis heridas pequeñas, y dieron á Sancho Paredes, tres; de mane a que á todos nos señalaron. Sea loado Dios, pues nos libró. Venimos á Bolonia do siendo Dios servido daré fin á mis dias. Dejo estas cosas á Sancho de Paredes por espejo en que haga sus obras conforme á estas en servicio de Dios.»

No fallaron sus presentimientos: sus dolencias, agravadas por una fuerte caída que dió del caballo, dieron fin de su vida en Bolonia el año de 1530 cuando acababa de cumplir 62. Su cuerpo fué depositado en dicha ciudad, desde donde algunos años despues se trasladó á la parroquia de Santa Maria de Trujillo. Su hijo mandó colocar dos banderas sobre su sepulcro, único homenaje que se tributó á la memoria de aquel varon insigne.

GOSTUMBRES ESPAÑOLAS.

UN AÑO EN MADRID.



JULIO.

No porque nos falte menos que ahora, cuando hayamos escrito el último de estos artículos, hemos de decir en este momento, que nos falta mas que cuando escribíamos la revista del mes de enero. Eso sería retrogradar demasiado, y vive Dios, que nos hallamos bien distantes de tan mal pensamiento. Nos alegramos, por el contrario, de hallarnos á la mitad de nuestra tarea, y de que vayan transcurridos seis meses, en vez de dos como sucedía el día 1.º de marzo, y sentimos que no hayan pasado doce, como sucederá, Dios mediante, el día 1.º de enero de 1830. Y dirá el lector.—¿Pues si tanto afán tienes porque pase el tiempo y eso lo haces por terminar tus artículos, porque no los escribes todos en un día y así te ahorras de estar esperando!

Y bien mirado el lector tendría razón; pero como á nosotros no nos falta tampoco para obrar de distinto modo, resulta... lo que no puede menos de resultar, cuando uno y otro tienen razón, y es que hay dos razones. Y como hablando se entiende la gente, explicando nosotros nuestra razón, tal vez nos de la suya el lector; lo cual sería alcanzar la felicidad suprema; porque el bello ideal de un autor es que le den la razón sus lectores. Esto á pesar de lo que dicen los autores silbados, que se desatan en cargos contra el público, llamándole ig-

norante y fonto porque no aplaude lo que afortunadamente no entiende, ó lo que tiene la desgracia de entender demasiado.

La razón que hemos tenido para no hablar de los rigores del invierno, sino entre los pliegues de la capa, y de esperar á decir que hacia calor cuando se secaba la sangre de nuestro humilde tintero, es precisamente la que tenemos ahora para quedarnos parados sin saber por donde empezar este artículo. Y no porque nos falten asuntos, sino porque no tenemos auditorio. Una sátira al sol, cuyos rayos buscan la perpendicular sobre nuestras cabezas, un epigrama á ese viento volcánico que abrasa nuestras frentes, ó una interpelación á esas nubes que truenan en derredor nuestro, todos serían asuntos propios de este artículo, si hubiese quien los leyera; pero esto es precisamente lo que falta. Nos ha sucedido lo que al orador que estasiado con sus propias palabras no ve que los bancos del auditorio han ido quedando desiertos, y que apenas le acompañan dos ó tres magistrados, que no oyen aunque se quedaron dormidos en actitud de estar escuchando.

No lo dudes, lector, Madrid deja de ser Madrid en el mes de julio y es lo que son todos los pueblos del mundo, donde el termómetro marca 26 grados á las 7 de la mañana, 33 á las doce, y 32 á las seis de la tarde. Agrégale á eso el no tener sus calles dispuestas para modificar esa atmósfera, ni éasas donde guarecerse de ella, y podrás figurarte lo que será la corte de las Españas en el infernal periodo de la canícula. Yo no pretendo otra cosa de ti sino que tengas la bondad de

acompañarme un día de este delicioso mes, y si quedáries aficionado á repetir la broma, te autorizo á cantar las excelencias del verano, y te ayudo gustoso en la empresa.

Yo dejaría á tu eleccion, la hora de levantarnos, pero como eso depende de la paciencia que tengamos para aguantar la temperatura roja de nuestros dormitorios, y la orquesta de los insectos que se nos han alojado en casa, tendremos que salir á la calle, cuando no podamos resistir mas. Y dando por supuesto que ya hemos salido, y que son las cuatro de la mañana, toma mi brazo, si fueres dama, y no me ofrezcas el tuyo si eres caballero; pero emprendamos nuestra peregrinacion.

En el dintel de la puerta es cosa de santiguarnos, para que Dios nos libre por la señal de su santa cruz, de tropezar con el chuzo del sereno que vuelve á su casa dormido á pesar de no haber estado despierto, cuando cantó las horas soñando; de la espesa polvareda con que nos recibieron los barrenderos de la villa, y de tantos otros agasajos por el estilo como nos esperan en nuestro viaje. Si no te fuere molesto, ni te hiciere falta abrir las narices, tápalas con el pañuelo, por si hubiese algun pozo destapado, y los Sabatini cargan sus pipas á la luz del día como si no fuese contrabando su especulacion. Con semejantes precauciones ya puedes ponerte en marcha y venirte conmigo al salon del Prado, verdadera sala de conferencia, donde hemos de celebrar la junta preparatoria para nuestra expedicion.

La Fuente Castellana, el Retiro, el Canal, y el Rio, son los cuatro puntos que nos ofrecen sus árboles y sus asientos de piedra para el paseo matutino. ¿Iremos á todos ellos en el mismo día, ó repartiremos esas cuatro perspectivas para otras tantas mañanas? He ahí la grave cuestion que hemos de resolver en presencia de las sillas del Prado, que recogidas y tranquilas, nos aseguran que sus ejercicios son nocturnos, y que nadie las interrumpe el sueño á semejantes horas. Si como presumo, dejas que yo dirija el rumbo de nuestras madrugadoras personas, visitaremos los cuatro paseos en el mismo día, siquiera tengamos el trabajo de ir en una comodidad (vulgo coche) desde un punto á otro. He resuelto hacerlo así porque en asunto de ilusiones temo tanto los desengaños, que no quiero dejarlas nunca para otro día, por miedo de que me las destruya alguna alma oficiosa.

El Retiro abria sus puertas á las seis de la mañana, hasta que un periódico le rogó que madrugase algo mas, y hoy lo hace á las cinco. Ya ves, querido compañero, que nos harian esperar una hora y es cosa de aprovechar el tiempo en otra parte. En los jardines de la Fuente Castellana, *haremos tiempo*, que es uno de los oficios del lenguaje moderno, hasta poder pasear por los del Retiro. Es temprano y la gente no nos estorbará mucho. Encontraremos las personas siguientes:

Un hijo de familia que se retiró tarde á su casa y no le abrieron la puerta; una jóven que salió temprano con ánimo de confesar sus culpas en la iglesia, y por equivocacion cuenta sus amores á un galan, paseando con él por la alameda; un niño de 17 años que tiene un libro en la mano y siente que no pase mucha gente para que vean que busca la soledad; un caballero que pesa diez arrobas y tiene el cuello corto, que anda todos los dias tres ó cuatro leguas para librarse de una apoplegia, y tal vez un jugador arruinado, que espera á entrar en su posada cuando la patrona haya salido á la compra, seguro de que es el único medio de asaltar la cama; esas son las gentes que hallaremos de 4 á 5 en la Fuente Castellana.

En el paseo del Canal, los personajes son algo mas sombríos, y á escepcion de algunos que buscan á caballo la sombra de las moreras, y de quienes siquiera por el inocente que montan, no puede suponerse que

piensan suicidarse, todos los demas te parecerá que tienen cara de abogados. Sin embargo, te aconsejo que no tomes pena por nadie. Aunque veas un jóven descompuesto y pálido, que busca tus miradas aparentando huirlas, y escribe con lápiz en la cartera, y se quita el frac por respeto al sastre, y se arrima al borde del cauce, y hace todo lo que él cree que haria si pensara suicidarse, riete y no temas que se arroje al agua, ni aun por dejarte mal siquiera. La alteracion que adviertas en los semblantes de los que no van allí á hacer simulacros de la escena final de la vida, es la que tienen tus mismas facciones. Es la impresion que produce aquel lugar delicioso, uno de los mejores paseos de Madrid, por la historia funesta de aquellas aguas, que se lee sin pensar en los árboles que las dan sombra. Es el recuerdo de los infelices que buscan el término de sus desventuras en aquel lago, y es por fin la idea de hallarse en el canal; palabra que aprenden involuntariamente los habitantes de Madrid, como sinónimo de suicidio. Por eso soy de opinion, de que en ese paseo no nos miremos el uno al otro para no asustarnos recíprocamente, y puesto que no somos gente de á caballo, única que goza las delicias del paseo de idem, no se hable mas del asunto, y al Retiro.

Entraremos en esa hermosa posesion, propia del Real patrimonio, por el patio grande, y allí si te parece, beberemos leche de vacas con sus correspondientes bollos. La sociedad de ese paseo ya será algo mas numerosa, y mas de nuestro gusto, siquiera no esté en mayoria el género escogido; porque ese duerme á esas horas y no se deja seducir por nada en punto á madrugar.

Una madre robusta y colorada, que saca á paseo á su hija amarillenta y flaca, por orden del médico, es la primera pareja que te espera allí: irá detrás un marido remolcando á su muger, por haberle dicho que ese es el único medio de que no se malogre el primogénito que esperan del sexto embarazo; un matrimonio jóven, ansioso de darse en espectáculo á todas horas, y de recorrer aquellos sitios que fueron la antesala nupcial de sus amores, es de rigor allí, dejando en cada flor un juramento de amor eterno, que de seguro no hallaran cuando se haya secado la planta. Algunas otras personas, no comprendidas en esos tipos, hallaremos en los jardines del Retiro; pero ninguna de ellas es indispensable allí, y son de seguro gentes que quieren ensayar los paseos de madrugada, y constituyen lo que se llama *deuda flotante* entre los verdaderos aficionados. De ese número son los que oyeron decir que era muy delicioso el pasear á esas horas, y van una vez para no volver la segunda, y los que no pudiendo dormir se salieron á la calle, y maquinalmente llegaron al Buen Retiro.

A las seis y media estaremos disponibles para dar el cuarto y último paseo, y saliendo por la puerta de San Vicente, llegaremos á ver los baños del homeopático Manzanares. A esta expedicion, no seremos los únicos que vayan; pero nuestra atencion debe consagrarse á los que vuelvan, es decir, que por mas que seamos de los que bajan, hemos de observar á los que suban, para formar nuestros tipos generales. Y así veremos:

Una doncella de labor, amoratada, que bajó amarillita, con permiso de sus amos, á darse un baño á las cuatro de la mañana; un hortera, que toma un baño de sudor, para ganar corriendo el tiempo que perdió bañándose; una viuda con dos hijas, que aun no ha tenido franqueza para decirles que los baños del rio son mas baratos que los de la poblacion, y las asegura que son mas saludables, porque es agua corriente, y el pobre Manzanares se corre de vergüenza al oirlo, por correr de algun modo. A esas figuras, hay que añadir la del hombre que oyó decir que debe conservarse el calor del baño, y sube embozado en un gaban, con un pa-

ñuelo atado á la cabeza, y encima el sombrero, y luego el paraguas para defenderse del sol; unos calaveras que suben satisfechos de saber nadar con solo las manos, y es porque tenían los pies en la arena, y alguno que otro mocito que vuelve asustado temiendo que lo persigan por haber dejado seco el Manzanares, sorbiendo á pesar suyo unos cuartillos de agua. De las lavanderas no haremos mencion, porque esas dan todo el año la guarnicion en ese paseo, y mas constantes que los árboles mismos, ni en verano ni en invierno dejan de llevar ropa encima. En cuanto á los baños, ni tú querrás verlos, ni yo deseo enseñártelos, y ya que el agua conoce su poquedad y se cubre de esteras, respetemos su desgracia, y abandonemos el paseo.

La consabida jicara de chocolate, verdadera clave para entender el *Diario de avisos*, nos espera en nuestras respectivas casas, y á ellas nos volveremos para deliberar sobre lo que hacer debemos en el resto del día. Lo mas acertado, sería acostarnos y dormir hasta las cinco de la tarde, para ahorrarnos algunas horas de calor; pero no veríamos lo que hace el público de Madrid en el resto del día, y eso sería faltar á nuestro propósito. Salgamos de nuevo á la calle á las diez de la mañana, á cuya hora empiezan á madrugur la mayoría de los habitantes con bien distintos fines por cierto.

Los maridos, que de seguro son empleados porque es el único medio de contraer obligaciones, acuden á la oficina, á ver si los periódicos hablan de pagas, ó de crisis ministerial, y á cuidar de que el portero tenga el botijo del agua en parage fresco; las mugeres, que no les importa saber cuando pagan, porque ellas cobran siempre, *van de tiendas* (frase de perdicion para los maridos) y vuelven á sus casas cargadas de género, á poner la sa'a como una *lechuga*, para que cuando vuelvan los maridos, no tengan calor, ya que no tienen tampoco dinero.

El sol mientras tanto, disipará los grupos, anunciando sin rebozo el programa de su fogosa dictadura, y cada cual irá bañado en su propio sudor, deseando llegar al que imagina término de su angustia, y es quizás el principio de tormento. Nosotros hacemos todo lo que hace el que no tiene nada que hacer, que es huir del calor. Arrojadlos de las calles, buscaremos un asilo en el café donde las moscas nos darán mas calor del que nos robe la bebida; entraremos maquinalmente en alguno de los pocos portales que conservan algun fresco del pasado invierno, y subiremos de visita á casa de alguna amiga á ver si por el *similia similibus*, nos cura las quemaduras del sol, el fuego de otros soles menos aficionados á las hogueras, ya que no menos inquisidores. Indudablemente allí deberíamos hallar alivio si en la estacion de verano se dejasen ver esos ojos negros, capaces de hacer olvidar, no ya los rigores del sol, sino los de todos los elementos reunidos. ¡Pero no esperes tanta dicha, amigo lector! ¡Renuncia á librarte del calor por semejantes medios! Irás de visita á una casa en el mes de julio, y habrás de adivinar por la voz que la muger que te habla, es aquella hermosa georgiana, de tez nacarada y cabellos orientales, cuyas abrasadoras miradas defendieron tu corazon de las heladas del mes de enero. Las mugeres de Madrid son un espectáculo de invierno. Subiremos si quieres á casa de una de mis amigas, y allí verás; es decir, no verás nada, y te convencerás á ciegas de que yo tengo razon en lo que digo.

En la antesala nos alumbra un ligero rayo de luz; es el que penetra por las rendijas de la puerta que nos acaba de permitir la entrada. Esa sombra de luz y la práctica que adquirimos en el invierno, nos conduce á la sala donde reina la obscuridad mas completa... No vemos á nadie, y creemos que nadie nos ve, pero nos engañamos; la fuerza de la costumbre ha hecho, que

las gentes que allí están distingán los bultos al menos y se rien de vernos marchar estendiendo los brazos como verdaderos ciegos.

—Abre un poco el balcon, niña, dice la mamá.

—Entra mucho calor, contesta la hija.

Y prefriere conducirnos por la mano hasta dejarnos sentados.

—Señoras, decimos, vds. dispensen, pero no se distingue nada.

—No tiene nada de estraño, contestan, como vienen vds. de la calle...! pero en estando un rato aqui se ve perfectamente... Tenemos así por el calor... En Madrid teniendo cuidado de cerrarlo todo, no se siente el verano.

No nos queda otro remedio sino esperar un rato; pero pasa una hora, y dos y tres, y lo único que hemos logrado, es contar las personas, gracias á que están vestidas de blanco, y se distinguen los bultos. Es preciso resignarse y esperar la llegada del otoño para ver si aquellas mariposas salen del capullo á la luz del día.

Ocupada de ese modo la mañana, podemos entrar antes de comer, en alguna casa de baños, para ver de soltar en el agua una parte siquiera del sudor que nos angustia y que nos ha evaporado los jugos del cerebro. Allí nos darán un billete, con el que adquirimos el derecho de bañarnos... despues que lo hayan hecho 30 ó mas personas que esperan en la sala preparatoria, á que concluyan los que llegaron primero. Es decir que sufrimos un baño de sudor, y otro de impaciencia, y nos lavamos por fin á las seis de la tarde. Si las pilas que nos tocan en suerte han sido ocupadas por algunos de esos que se bañan por lavarse el cuerpo, y esto lo hacen una sola vez al año, soy de opinion que nos marchemos al punto pues por mucha que sea la limpieza de los bañeros, la historia de 365 días es demasiado larga, y no se borra tan fácilmente, aunque se escriba con agua y en laminas de mármol.

Media hora despues de salir del baño, aun dura la ilusion de haber hallado la fórmula contra los rigores del verano; pero pronto desaparece tan alhagüena idea y volvemos á quedar tan angustiados como antes de sumergirnos. No pensemos siquiera en el placer de la comida, porque la escuela bucólica tiene vacaciones en el verano. Se come únicamente por no perder la costumbre para cuando llegue el invierno, pero nada mas. Los verdaderos goces de una mesa bien servida, donde las luces de las bugías, el aroma de los vinos que se derraman en las copas, y el vapor que se desprende de las viandas, rejuvenecen el mas gastado espíritu, están prohibidos en la estacion de los calores. Las tinieblas en que vivimos por miedo al calor y á los insectos, privan á los manjares de la mejor de las salsas, que es la de la vista.

Terminado este horrible sacrificio, esperaremos á que los carros del ayuntamiento nos rieguen el paseo, para que suelte la tierra el calor que recogió durante el día, y nos dirigiremos al salon del Prado. Allí respiraremos con trabajo en una atmósfera de 28 grados, y recibiremos el polvo que levantan los que pasean dando tormento á una silla. A nuestro lado, precisamente, y esto es de rigor, habrá una jamona implacable que murmurará de cuantos pasen por delante; un alférez de infantería, que hablará á voces del coronel de su regimiento y de la guardia que hizo el día anterior, y por fin una madre cuyas hijas están paseando con unas amigas. La jamona procurará que oigamos sus sátiras, aunque aparente lo contrario.

—Allí va la de los ojos lánguidos, dirá al ver pasar una jóven sentimental y hermosa; parece que está esperando á que la pongan el platillo para echar los ojos.

—Las ánimas del Instituto, gritará delante de cuatro jóvenes al parecer hermanas; hoy traen mas amidon

que ayer en los vestidos, pero las mantillas tan raiadas como siempre.

—*El titi de la calle del Príncipe*, dirá si ve pasar una niña de 17 años delgada y de poca estatura; hoy no la acompaña el *negro sensible*... habrá sabido que es pobre.

—¡Que asombro! dirá cuando pase una madre con dos hijas bonitas y elegantes; *las dominicas*, han estrenado trages nuevos... y no han tenido mal gusto los novios... la tela es bonita.

De ese modo irá la jamona pasando revista á todos los del paseo, con especialidad á las jóvenes, entre quienes quisiera repartir los años que la sobren y que procura ocultar, sentándose de espaldas á uno de los faroles. La madre buscará con la vista á sus hijas que siguen paseando con las amigas, hasta que apenas queda gente en el salón, y entonces todas juntas, mas los amigos que se han ido acercando, levantan el campo y se van á sus respectivas casas; cosa que ordinariamente hacen cuantos concurren al Prado.

En el centro del salón se forman grandes tertulias, compuestas de personas de diferentes clases y condiciones. El núcleo de casi todas ellas es una madre, que á fines de mayo, dijo á los novios de sus hijas y demás tertulia de la casa: —Señores, ahora hace mucho calor para estar en las habitaciones; desde mañana recibo en el salón del Prado; los que quieran favorecernos que acudan allí.

Nadie falta á la invitación de la señora, y gracias á esa admirable espontaneidad que tenemos los españoles cada día hacen esas señoras nuevos amigos en el Prado. Un caballero que las ofreció una silla para los pies; otro á quien saludan porque un día se bajó á cogerlas el abanico del suelo; otro que las acompaña casualmente, á todos les ofrecen la casa, y con ella su mas fina amistad.

—¿Quién es ese, que ha saludado vd? las preguntará.

—Un joven muy fino, te dirán, que estuvo á nuestro lado la otra noche.

A los pocos días verás que las acompaña, y preguntará:

—Sabe vd. ya quién es ese joven?

—Sí, señor, un sevillano muy despejado y muy caballero.

—Pero ¿de qué le conoce vd?

—De verle con un amigo nuestro.

—Pero ¿se le han presentado á vd?

—No, señor.

—Pues por qué permite vd. que las acompañe y le ofrezca la casa?

—Porque vino hasta la puerta, y parecía en el orden.

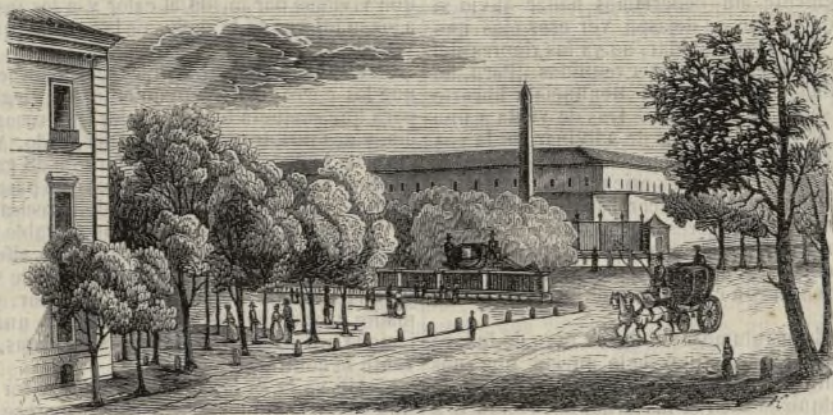
Las consecuencias de esa pasmosa comunicatividad, son funestas; pero la costumbre sigue en boga, y no hay mas que averiguar el origen de la mayor parte de las personas que visitan en muchas casas de Madrid y se verá eso mismo.—Uno que las acompañó con un paraguas al salir del teatro.—Otro que vino con ellas desde un baile.—Otro que va siempre con el del paraguas.... y en fin, el pretexto mas fútil basta para que el mas rematado caballero de industria, sea admitido en una casa honrada, donde despues que ha hecho alguna de las suyas, se ponen la mano en la cabeza y exclaman.—Quién lo habia de decir!... y parecia tan fino y tan caballero!

Despues del paseo nocturno del Prado, serán las doce de la noche, querido lector, y si te parece podemos retirarnos cada cual á su casa. Habremos pasado en Madrid todo un día del mes de julio, sin que nos queden ganas de cantar las excelencias del verano. Y podremos decir cuando nos hablen del placer de las madrugadas, y de las delicias del Prado, que ambas cosas se pueden dar por un momento de aquellos del invierno, donde á la luz de cien bugias, se admira la esbeltez de un cuerpo gracioso y ligero, que recobra en aquella templada atmósfera, la vida que perdió con los ardores del verano.

En ese desventurado mes, no hay mas fiesta que una sola verbena, la de Nuestra Señora del Carmen; pero se reduce á unas ferias de santos de barro y tiestos de albahaca, frecuentada por los padres de familia, y las taberneras; los primeros á desarrollar en sus hijos el órgano de la destructividad, y las segundas á comprar un par de macetas para adornar los vasos del mostrador.

Ultimamente, y esta conclusion debe santificar este artículo, el día 27, día de San Pantaleón, acude el pueblo al templo de la Encarnación, á besar una ampolla de cristal, donde se conserva una gota de sangre del santo mártir, que todos los años se liquida por espacio de 24 horas, y luego se coagula hasta el año siguiente. Así lo dice la tradicion, y así lo repite el que suscribe, sin quitar ni poner de su cosecha una sola palabra.

ANTONIO FLORES.



VISTA DEL PRADO POR LA CARRERA DE SAN GERÓNIMO.